

La Ilustración Artística

Año XV

← BARCELONA 11 DE MAYO DE 1896 →

Núm. 750



MADRID.-EN LA PRADERA DE SAN ISIDRO, dibujo de Méndez Branga
(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los suscriptores de la Biblioteca Universal el cuarto y último tomo de TRADICIONES PERUANAS, por D. Ricardo Palma, acerca de cuyas excelencias nada hemos de decir, porque el éxito conseguido por los tres primeros tomos es la mejor demostración del buen acierto con que procedimos al escoger para la Biblioteca la interesante obra del eminente literato peruano. El tomo que repartiremos está profusamente ilustrado.

Recomendamos á nuestros suscriptores que se fijen en las advertencias que hemos publicado en los tres últimos números relativos al reparto de este tomo.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Ermete Novelli y su repertorio*, por Emilia Pardo Bazán. — *Sepulcro de Tavera*, por R. Balsa de la Vega. — *La romería de San Isidro*, artículo de costumbres contemporáneas de la corte, escrito por A. Danvila Jaldero é ilustrado por el Sr. Méndez Branga con el dibujo que ocupa la plana primera del presente número. — *E pur si muove*, por A. Sánchez Pérez. — *El porvenir de los hijos*, por M. Ossorio y Bernard. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea* con noticias referentes á *Bellas Artes, Teatros y Necrología.* — Problema de ajedrez. — *Dos anónimos*, novela original de Florencio Moreno Godino, con ilustraciones de José Cabrinety. — *La guerra de Cuba*, por X. — SECCIÓN CIENTÍFICA: *Aparato de seguridad para evitar que los botes zozobren.* — *Fotografía de los colores.*

Grabados. — *Madrid.* — *En la Pradera de San Isidro*, dibujo de Méndez Branga. — *Sepulcro de Tavera*, célebre sepulcro esculpido en mármol, obra de A. Berruguete, existente en Toledo. — *La vuelta del Hijo Pródigo*, copia del célebre cuadro de Murillo que se conserva en la Galería de Stafford House, reproducida con permiso del duque de Sutherland. — El general de brigada del ejército de operaciones en Cuba D. Julián Suárez Inclán. — *La guerra de Cuba.* — *Insurrectos parapetados detrás de una barricada de barriles de azúcar.* — *Consultando el programa*, cuadro de Luciano Davis. — *Sin hogar!*, cuadro de Leopoldo Burger. — *La guerra de Cuba.* D. Antonio Vessa y Fillart, coronel de voluntarios de caballería de Jaruco. — El general de brigada D. Francisco Fernández Bernal. — El general de brigada D. Javier de Obregón y de los Ríos. — *Combate en las inmediaciones de Camaruant* (dibujo de un croquis del corresponsal de la ilustración inglesa *The Illustrated London News*). — Fig. 1. Aparato de seguridad inventado por el Sr. Dehnicke, de Berlín, para evitar que los botes zozobren. El bote en su posición normal. — Fig. 2. Aparato de seguridad del Sr. Dehnicke. Los tripulantes del bote haciendo inútilmente esfuerzos para que éste zozobre. — *El traganiños*, estatua de Félix Pardo de Tavera, dos grabados que reproducen dicha estatua vista de frente y de espalda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1896).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ERMETE NOVELLI Y SU REPERTORIO

La primera vez que el gran comediante italiano vino á Madrid no tuvo ocasión de verle. La segunda — dos años hace — fué asidua á sus representaciones. Comenzó la temporada, por más señas, de un modo lamentable. El teatro de la Comedia, que tan alegre y pulcro parece cuando lo anima una regular concurrencia, tenía aspecto de tumba así vacío, frío, mudo, con un palco ó dos ocupados y con diez ó doce personas en las butacas. Tal era la soledad que reinaba allí, que una noche — noche en que por cierto Novelli se excedió á sí mismo bordando el papel sublime del *mercader de Venecia* — vi, no sin gran terror — porque tengo la debilidad de asustarme de las alimañas, — un ratoncillo que discurría por entre las butacas, juzgándose dueño de la situación.

Eso sí: los contados entusiastas que no perdíamos función de Novelli, estábamos engraidos, envanecidos de nuestra superioridad; desdeñábamos, desde nuestra altura, á las gentes de mal gusto que no aprovechaban un espectáculo tan culto, tan artístico y tan rico en emociones y en variados goces como el que nos ofrecía Novelli. Creíamos ser una minoría asaz distinguida — y se me figura que no nos equivocábamos, ¡qué diantre! — En nuestras reducidas cuanto animosas huestes figuraba en primer término la infanta doña Isabel Francisca, apasionada de arte, una de las pocas señoras que van al teatro á ver lo que hacen, no á ver quién está allí. La duquesa de Osuna y las señoras de Beruete, Canalejas y Llorente eran fijas y constantes. Si el aspecto del teatro casi desierto podía desalentar á Novelli, la constancia y la religiosa atención de algunas espectadoras tenía para él mucho de halagüeño. Le escuchábamos con tal devoción, que el menor ruido nos parecía un atentado. En la primer representación de *Otelo*, un caballero sentado detrás de mi butaca se dedicaba, estando alzado el telón, á explicar á unas damas el argumento. Se me vino á la memoria una conocida anécdota y exclamé, en voz no muy baja: «¡Qué fastidioso de Novelli, que no me deja oír á este señor!»

Después de algunas funciones transcurridas entre la indiferencia ó más bien el desvío del público, empezó á afluir gente, y la temporada concluyó de una manera honrosa, si no lucrativa. Este año, al anunciarse el abono, cubrióse pronto la lista, y el *todo*

Madrid — esos dos ó tres círculos sociales que constituyen el núcleo de las *personas conocidas* — se refugió en la Comedia, fijando los jueves para reunirse allí como se reunía en el turno segundo del Real. Las demás noches, aun cuando no es la concurrencia ni tan numerosa ni tan lucida de trapos, moños y títulos nobiliarios, no falta auditorio para Novelli. Los legítimos aficionados prefieren esas noches *sin crême*, porque en ellas saca Novelli á relucir lo selecto del repertorio, mientras los jueves sale del paso con las *farse*, los monólogos ó los comediones de brocha gorda y figurón.

* *

Antes de decir qué pienso del repertorio de Novelli, intentaré definir la personalidad artística y las especiales aptitudes del gran comediante. A mi juicio, Novelli no es el *galán* (tipo ideal, en España, del actor, merced á las tradiciones y á las tendencias persistentes de nuestra literatura dramática). Novelli es en toda la fuerza de la palabra un *característico*. Jamás veréis que elija un papel de amor y bizarría. No esperéis que encarne á Romeo, ni á Antony. Aunque todo es fácil á su talento, hay cosas que le son inadecuadas. Los grandes triunfos de Novelli los obtiene cuando acentúa el *carácter* de una manera humorística, y mezcla la nota cómica á la alta tensión de la tragedia; cuando es á la vez aterrador y risible, vedle en *Luis XI*, con su mano retorcida y su labio colgante, haciendo garatusas á las labradoras; vedle de *Shylock*, ceceando, sobándose la barba, arrastrando las chanclas, sucio y mugriento; vedle de *Petrucchio*, baladrón y rufanesco, vestido de mamarracho, canturreando, y diréis conmigo que es, ante todo y sobre todo, el *característico*; el actor que prescindiendo de la solemnidad y la nobleza, de la poesía aparente de los papeles, busca la nota artística en ciertos rasgos que sólo el análisis puede suministrar, y sabe excitar la sensibilidad por medio de la risa, que es la nota peculiar del humorismo.

Los que seguimos atentamente el desarrollo de las facultades de este genial actor, percibimos que, sin decaer en lo dramático y lo trágico, se inclina cada vez más á lo cómico (alta comedia, claró está, y al escribir *alta comedia* no me refiero especialmente á la comedia *de levita*, sino á la comedia *muy literaria*). En *El Avaro*, de Molière, puede decirse de Novelli que alcanza la perfección suma. Hay un monólogo, *Diogene* (que es alta comedia, aun cuando sea el héroe un pobrete colillero), donde Novelli demuestra bien lo que afirmo. Mezcla de risa y lágrimas, arrancadas las lágrimas á veces por la risa: tal es la índole del talento, humano y realista, de Novelli.

Debe á la naturaleza el cómico italiano una cara *blanda*, dúctil, movable, de flexibilidad extraordinaria, y unos ojos parteros de sorprendente expresión. He conocido actores de mérito, que han luchado toda su vida con la dureza, con la inmovilidad del rostro. Actor que tenga la cara de madera, jamás dominará al público. Y hay fisonomías así, cerradas, densas, sin juego, sin luz, bellas acaso, ó nobles, ó simpáticas, pero paradas, resistentes, en que la emoción, verdadera ó fingida, no abre surco. La de Novelli es una fisonomía que representa: por eso suele arrancar entusiastas aplausos sin hablar, sin accionar; los silencios, en Novelli, valen oro. Conociendo la acción que ejerce con el gesto, se le podría acusar de que abusa del gesto: jamás veréis en Novelli — como se ve alguna vez en todo el mundo — esa calma del rostro, esa indiferencia inexpresiva, que revela el descanso del alma. Con salir al proscenio y mirar fijamente á los espectadores, le basta á Novelli para conmovier, para hacer reír, para embargar el espíritu y sugerir lo que va á manifestar verbalmente. A la cara del actor corresponden sus manos, largas, finas y elocuentes ellas también. Con las posiciones de la mano, con el modo de agarrar, verbigracia, el asa de una taza de te, Novelli sabe decir infinidad de cosas. En *Luis XI*, las manos de Novelli representan tanto ó más que el rostro.

* *

Dos repertorios tiene Novelli, tan opuestos que apenas se concibe que los explote un mismo actor. A mi ver, se explica el problema suponiendo que Novelli cree que hay dos públicos, y lo que el uno saborea el otro lo rechaza. En esto Novelli no se equivoca. Existe un público muy numeroso, que dice que sólo va al teatro «á divertirse, á pasar un rato de solaz», y vuelve la cara por no ver cuando Amleto salta frenético á la fosa de Ofelia ó hace tristes reflexiones

con la calavera de Yorick en la mano. Existe otro público, goloso de arte, que espera de Novelli algo más de lo que á diario le ofrecen los teatrillos por hora y las exhibiciones grotescas y equívocas de Frégoli, y desea oír las frases de Shakespeare en boca de un intérprete digno de él. Para el primero de estos dos públicos, y acaso para dormirar cada dos noches, se trae Novelli una colección de obrillas de mala muerte, desatinadas, anticuadas, que sólo él conseguiría hacernos tragar. *El rapto de las Sabinas*; *La familia Barilotti*; *La tía de Carlos*; *Las sorpresas del divorcio*, son ejemplares de este género inepto, que divierte á muchos y hasta á no pocos. ¡Salto prodigioso y mortal el que pega Novelli desde esos disparatones hasta las alturas de *Amleto*, *Otelo* y *El mercader de Venecia*!

Siendo Novelli tan admirable en el género cómico, yo encontraría de perlas que nos diese comedias; pero comedias del fuste del *Avaro* y *La Tarasca*. En Molière y en el mismo Shakespeare encontraría filones que explotar. Shakespeare es rico en comedias deliciosas y de fácil arreglo, y si no, ahí están *Mucho ruido para nada* (en castellano deberíamos decir *Más es el ruido que las nueces*), *Las alegres comadres*, y otras cuatro ó seis, que pudieran refrescarse y hacer reír con gracias no menos sazonadas que las de *La Tarasca* ó *bisbética* y su fiero domador. En el teatro francés sobran comedias, sin necesidad de recurrir á las que se han quedado tan rancias y manidas como *Las sorpresas del divorcio*, escrita para circunstancias especiales, los debates sobre el proyecto de ley Naquet.

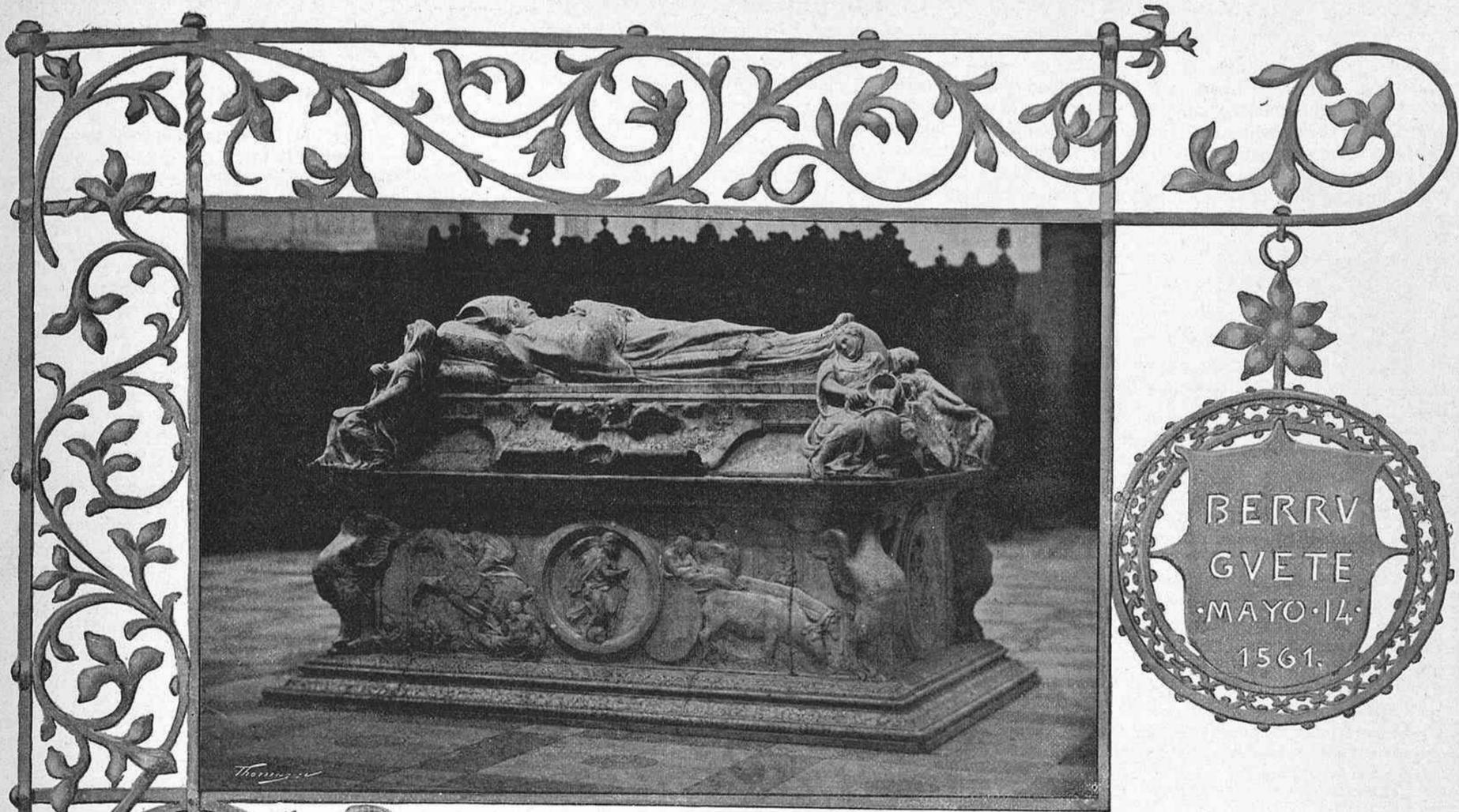
Tampoco me complacen mucho, en el repertorio de Novelli, ciertos melodramas trasnochados ó lacrimoso-cursis, como *Papá Lebonnard*, y el viejísimo de Giacometti, *La muerte civil*. Todo ello huele á alcanfor, lo mismo que los armarios donde se guarda ropa en desuso, ó está apolillado, como la misma ropa cuando queda abandonada en las perchas. De Novelli esperamos, y con justa razón, que nos ha de traer, ó las joyas del arte clásicas ya, esos tesoros que las generaciones se transmiten con veneración amorosa, ó lo que hoy se admira y discute y simboliza las nuevas direcciones literarias: Ibsen, Tolstoy, Turguenev, Sudermann, Metterlinck. Avidos estamos de conocer todo eso, para juzgarlo, para reprobarlo si se tercia, para desengaño ó para lección; y cuando Novelli nos ofrece *Los aparecidos*, *Magda*, ó *El pan ajeno*, se lo agradecemos en el alma, y le perdonamos, en atención á la buena obra, las *familias Barilotti*, las insipideces y ranciedades que á fuerza de gracia y de habilidad nos cuele por la garganta...

Lo que no me explico es el porqué Novelli, que conserva en su repertorio el *Luis XI* de Delavigne, no cultiva el teatro de Víctor Hugo. El papel de protagonista en *El rey se divierte*, me parece cortado para Novelli, que haría de él una creación. También echo de menos en su lista el *Ricardo III* y *La ley del Talión*, de Shakespeare. ¡Qué *Ricardo III* sería Novelli! Hasta creo — no sé si me equivoco — que al apoderarse de ese papel no tendría que exponerse á comparaciones, ni que luchar con el recuerdo de Rossi, que algunos evocaban la noche de *Amleto*.

En suma, el repertorio de Novelli nos abre el apetito, sin satisfacerlo del todo. Nos deja, como suele decirse, á media miel. Nos tasa el gusto, cortándolo estrecho para el afán que sentimos de nuevo y de viejo — de nuevo bueno, de viejo sagrado. — Cuando se reparten los programas para cada semana de funciones, y vemos que abundan las farsas y las comedias francesas de chicha y nabo, se nos pone la cara muy larga, muy triste, y cambiamos ojeadas expresivas de palco á palco, de palco á butaca, y subimos las cejas y los hombros, como diciéndonos resignadamente: «Hay *Zia di Carlo* hasta que llueva.»

En esta sección ínfima del repertorio de Novelli se demuestra, no lo negaré, el mérito singular del ilustre comediante. Él consigue que toleremos y que hasta celebremos escenas descabelladas y chistes fiambres. Representadas por otro, ciertas comedias nos infundirían dulce sueño ó una furia insana, que pararía en arrojar á la escena bancos y sillas. Hay que rendir á Novelli la justicia que merece: su maestría lo salva todo. Podría defenderse, con no endebles argumentos, la paradoja de que Novelli suprime el arte dramático, igualando á los desconocidos perpetradores de un sainetón con el genio universal y prodigioso de Shakespeare. Es el modo de representar de Novelli algo equivalente á la salsa con que un gran cocinero sabe dar á todos los manjares igual y grato sabor. No obstante, preferiríamos que la rica salsa cubriese siempre manjares escogidos, sanos, nutritivos... Al buen entendedor, pocas razones. Novelli, que posee cultura literaria, sabrá hacerse cargo.

EMILIA PARDO BAZÁN



SEPULCRO DE TAVERA

14 de mayo de 1561

Célebre sepulcro esculpido en mármol, obra de A. de Berruguete, existente en Toledo.

Si grandes y magníficos son los monumentos que el arte cristiano de los siglos últimos de la Edad media erigió en la ciudad conquistada por Alfonso VI á los moros; si los que éstos fabricaron é idearon y que hoy se conservan, no van en zaga, en belleza, á los góticos, y á nuestra mirada fría y analítica se muestran como irrecusables pruebas de civilizaciones é ideales que, al positivismo ac-

tual, parecen imágenes aún no bien desvanecidas de un sueño en el cual la fantasía forjara seres y cosas sin vida real, no menos grandes, magníficas y bellas son las obras que el genio del Renacimiento produjo en esa ciudad que el Tajo ciñe. Y así como para encontrar gótico florido, que caracteriza y determina el gusto y la inspiración de la época de Isabel la Católica, es necesario ir á Toledo á visitar San Juan de los Reyes; y para sentirse transportado al siglo de Alimenón, en el cual los alarifes moriscos competían en la originalidad y belleza de sus trazas decorativas y arquitectónicas con los de Córdoba mahometana, es preciso ver el Cristo de la Luz y Santa María la Blanca; así para darnos cuenta clara del arte del Renacimiento aprendido en Italia bajo los auspicios de Miguel Angel, es menester estudiar y admirar las obras de Berruguete, entre las cuales se encuentra el sepulcro del cardenal Tavera.

Viniera el gran artista, pintor, escultor y arquitecto á España, después de aspirar en Italia, á grandes bocanadas, aquel ambiente saturado de ideas nuevas, de doctrinas científicas y filosóficas que se exponían con entera libertad en la misma residencia de los Papas; de aquellas luchas entre el imperio del ideal pagano y los ascetismos de los Savonarola; de aquellos apasionamientos por la forma, que llevaron á los

artistas del Renacimiento, como sucediera á los de Grecia y Roma, al naturalismo; de las grandezas de pensamiento de Vinci, de Rafael, de Miguel Angel, del Aretino, de Maquiavelo, de Tasso, de tantos genios como en artes, literatura, poesía, ciencias y filosofía, florecieron en aquellos días de los Julios, Leones, Sixtos, Alejandro, que ocuparon la silla de San Pedro. Llegara, pues, Berruguete á España, y trazara y labrara el mausoleo del vicescanciller Antonio Agustín en Zaragoza, obra que le revelara como artista de un mérito excepcional, cuando Carlos V, que supo dispensar su protección á los más insignes artistas de Europa, le nombró su pintor y escultor de Cámara, encargándole de obras como la del palacio de la Alhambra, que de haberse concluído, hubiera sido uno de los monumentos más hermosos del Renacimiento que existen en el mundo.

Al dispensar el César su amistad al discípulo de Miguel Angel, Tavera, á la sazón primado de Toledo, le encarga de la dirección de varios trabajos decorativos y escultóricos en edificios como el del hospital que lleva su nombre, el de Santa Cruz, cuya portada es uno de los más hermosos ejemplares del plateresco español, y le confía la obra de su sepulcro. Berruguete firmó la escritura el día 11 de mayo de 1561, y presentó el dibujo al prelado el día 14 del mismo mes; el 17 comenzó su trabajo directamente en el mármol, que «en grandes cantidades - dice un historiador - entraba en aquellos tiempos en la ciudad imperial,» como entraba en Salamanca, en Santiago de Compostela, en Alcalá de Henares, donde á porfía, los Cisneros, Fonsecas, Mendozas y Taveras, siguiendo el impulso que á las artes daban en toda Europa los más grandes potentados, reyes y príncipes, levantaban centros docentes, iglesias y palacios, como la célebre universidad de Alcalá, las escuelas menores de Salamanca, el colegio de estudios menores, llamado de Fonseca, en Santiago, etc.

El sepulcro del cardenal Tavera, obra de arte maravillosa, y del cual Gautier hace los más grandes elogios que crítico alguno pudo hacer de obra de este género, fué esculpido por Berruguete con ayuda de su hijo, á los ochenta y tantos años de edad, y cuando además de los prestigios de que gozaba, solamente cogía el cincel ó el pincel para satisfacer su amor al arte, pues que su múltiple y varia obra prodújérale grandes riquezas, que el rey Felipe II consagrara, erigiéndole en noble y señor de Ventosa.

Reservóse Alonso de Berruguete, para ejecutarlas, las partes más principales del mausoleo, como son la estatua del prelado, maravilla de la escultura, y las de las cuatro Virtudes que en los ángulos del sepulcro se ven, además de varias otras piezas de decorativa, de un gusto exquisito, que recuerdan de un modo claro su progenie florentina.

Cuéntase una anécdota respecto á la ejecución de este sepulcro, que cierta ó no - y yo creo que es cierta, - merece ser conocida, porque retrata al escultor

español mejor que pudiera hacerlo un estudio detenido de su vida de artista. En punto de terminarse las figuras de las Virtudes, ya emplazadas y adosadas á la caja sepulcral, hallábase Berruguete esculpiendo la cabeza de una de aquéllas, cuando por efecto de un *pelo* del mármol la cabeza se quebró. Este contratiempo, que hubiera llevado el desconcierto al ánimo más sereno, pues equivalía á retrasar por largos meses la conclusión de una obra de la importancia de la del mausoleo, obligando á desmontarlo en gran parte para emplazar un nuevo *bloc*, fué salvado por el famoso discípulo de Miguel Angel con un arranque de genio; en vez de una cabeza de todo bulto y que debía aparecer de frente, talló la cabeza en relieve y echada hacia atrás; y dado lo violento de la postura en que así aparecía, por razón del plano en que tuviera que esculpirla, dió á los ojos el movimiento de mirar al cielo. Satisfecho de la solución, el artista esculpió de la misma manera las cabezas de las otras tres figuras, y así se ven hoy: los cuerpos son de bulto casi entero, pues solamente se hallan adosados por la espalda á los chaflanes del sepulcro, y las cabezas de medio relieve.

Sea ó no cierto lo que acabo de contar - y repito que me parece verosímil, pues de otro modo no se explica que una estatua casi aislada tenga la cabeza en relieve - es lo seguro que no fué Berruguete el único que hubo de recurrir á esa solución, ó á otra análoga, bien para salvar un contratiempo como el acontecido á nuestro artista, bien para disimular la falta de mármol, por haber calculado mal el movimiento de la figura. Miguel Angel recurrió más de una vez al expediente de adosar un brazo ó una mano al tronco de la estatua, como puede advertirse en la izquierda de su famosísima *Noche*. Y á pesar de tal variación, á pesar de esa rectificación forzosa en la traza de una figura con la cual debía «componer» y armonizar la totalidad del sepulcro del Médicis, el arte del gran maestro era tanto, que en nada sufrió el aspecto general del monumento.

La última obra escultórica de Berruguete, está ejecutada de tal modo, que no parece sino que el duro mármol adquiriera la blandura de la cera bajo el cincel del célebre y octogenario escultor. La cabeza del prelado, las vestiduras, las hojas de los elegantes motivos de decoración del sepulcro, todo está tan enérgica y francamente hecho, con tanta delicadeza al propio tiempo, con tal dominio de la técnica, que tan sólo pueden encontrarse análogas condiciones en aquellos trozos escultóricos de mano de Miguel Angel, en los cuales el gigante florentino se empeñaba en interpretar detenidamente el natural.

Al conmemorar hoy la fecha en que se comenzó á esculpir el sepulcro de Tavera, creo realizar una obra de patriotismo; pues mientras las obras de arte que en el extranjero, especialmente en Italia, existen, son conocidas, hasta la saciedad, de nuestros mismos artistas, las que guardan las viejas ciudades españo-

las, bien porque hayamos estado alejados del concierto intelectual de Europa hasta ha muy poco tiempo, bien porque nuestro carácter apático lo haya querido así, bien porque la dificultad de las comunicaciones fuese casi insuperable, bien por otras causas, es lo cierto que más de una obra maestra contamos que apenas si se menciona por nadie para nada. Y si alguna ha llegado á hacerse famosa en el mundo del arte, débese á la solicitud de extranjeros amantes de la belleza.

R. Balsa de la Vega

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

— Lo que hay en *Madrid* mayormente es mucha de la *ignorancia* y del fanatismo y pocas *presonas* como *menda* que *haigan viajao* y *estao* en Guadalajara y en Aranjuez y en Albacete y...

— Y en la prevención.

— Que te calles, *Coleta*, y no metas la pata; pues, como iba diciendo, que uno ha visto el mundo y uno *pue* hablar de lo que le dé la gana como si fuera el Nuncio, y *sus* iba diciendo que no está *averiguao* si hay un Dios, ó muchos ó *denguno*; pero que San Isidro ha *existio* es tan cierto como que Maceo está en la manigua; y *sinós*, vamos á ver, ¿quién ha hecho la ermita de la *Praera* y el cementerio y la fuente. El Santo y *naide* más que el Santo. Y á mí que no me toquen á San Isidro, porque le arrimo dos *manguzús* á *cualquiera*, verbo en gracia, á ti *mesmo*.

— Muchas gracias, Sr. Fulgencio.

— Es un decir, hombre; ya sabes que se te aprecia, y que si Dios quiere has de ser mi yerno y tú y la María *sus* quedaréis de amos de la prendería y hechos unos burgueses, aunque es mala *comparanza*.

— Bueno, padre; no eche usted más discursos, que no somos electores, y se va haciendo tarde y aún no se ha *compra*o na *pa* mañana, y éste *tie* que ir á llevar la librería á casa D. Cayetano.

— Pues no movéis poco *estrupecio* *pa* na. ¿Que hace falta *guita*?, pues aquí tengo yo. ¿Que hay que llevarle la librería á ese presbítero?, pues se le lleva. ¿Que hace falta tomarse dos copas?, pues nos las tomamos en seguida. Anda, chica, y sácate el frasco del Ojén y aquí no ha *pasao* na.

— Pero ¡*cuidao* y qué padre más *pitimoso* me ha *dao* Dios!

— Déjalo, mujer, que es un anciano.

— No, que tú también eres del gremio de los mosquitos rabones. — *Coleta*, ¿has visto qué geniazos me gasta la niña? Ha *sacao* to el *caráuter* de su madre, que era peor que una vaca rondeña, mejorando lo presente.

— Si comienza usted con esas indirectas me pongo el mantón y no *paesco* en tres días por la Ribera de Curtidores.

— Bueno, bueno, no he dicho na. Toma este duro y tráete medio *kilo* de escabeche y una cuartilla de Valdepeñas *pa* el camino, que lo demás ya lo *mercaramos* en la *Praera*.

— Lo que es con este duro pocas tintas va usted á tomar.

— Pues ¿qué *tie* el duro?

— Pero ¡qué poca *lacha* *tie* usted! Si es el duro se villano que le dieron á usted hace ocho días y que nadie lo quiere. Y me lo da usted ahora á mí que lo he *llevao* á veinte partes y me han *dao* veinte sofocos. ¡Se lo voy á tirar á usted á la cabeza, á ver si se acuerda! ¡Y luego dicen que una *tie* mal genio!..

— Chica, habrá sido una distracción del padre.

— Claro, pues eso ha *sío*, sólo que ésta es una autonomista, vamos al decir.

— Traiga usted otro y que sea bueno.

— Ahí va un *Amadeo*.

La hija del prendero toma la moneda, la suena varias veces sobre una mesa desportillada, ante la cual el Sr. Fulgencio y el *Coleta* andan trasegando el contenido del frasco de aguardiente, y sale por último á la calle diciendo al transponer el umbral:

— ¡Cuánto va á que vuelvo y aún está la librería ahí! ¡Por *vía* de los hombres, que *toos* son unos perros!..

— No la hagas caso, dice el prendero á su futuro yerno. Está de mal humor porque no le gusta la blusa que le han hecho las chicas de la Bernarda *pa* ir al Santo; y las mujeres en tratándose de guñapos...

— Ya le pasará, añade filosóficamente el *Coleta* apurando de un sorbo la última copa de Ojén y chascando la lengua.

Mucho sol, mucho calor y muchísimo polvo. Una muchedumbre inmensa en la Pradera gritando, corriendo y dándose cada empujón que canta el credo, por entrar en la ermita del Santo Patrono de Madrid y beber agua de la Fuente Milagrosa. Mendigos á granel, borrachos á centenares y cada camorra que

le arde el pelo á los guardias civiles, municipales y de orden público pródigamente esparcidos por la inmensa planicie; y por decoración de aquella bacanal unos cerros áridos y escuetos, coronados por un cementerio; cuatro arboluchos á orillas del Manzanares y una multitud inmensa de tíos-vivos, ventorros y merenderos improvisados, á cual más asqueroso y desarrapado.

A medida que avanza el día crecen las oleadas de gente, y unos á pie y otros en simones, ómnibus, tartanas, carros y cuantos vehículos puedan imaginarse, los romeros invaden por completo la Pradera, formando alegres y pintorescos grupos, bulliciosos y vocingleros, en que las clases populares comen, beben, juegan, riñen, cantan y bailan al son de los pianillos y las guitarras.

En medio de aquella baraúnda, María con su falda de merino negro y su mantón de Manila amarillo con largos flecos que arrastran por el suelo se contonea airoosamente, luciendo el palmito; mientras el *Coleta*, vistiendo un terno negro y la cabeza cubierta por el ancho sombrero cordobés, marcha pegado á la joven, llevando en una mano un cesto de regulares dimensiones y en la otra la indispensable guitarra; pues Mariano, que tal es el nombre de pila del mozo, tuvo antes de ingresar en el gremio de prenderos grandes aficiones taurinas, de las que le quedó el apodo con que es conocido en el Rastro, y un buen repertorio de tangos, jaberías, malagueñas y guajiras que el hombre luce cuando se presenta la ocasión.

— ¡Jesús, y qué *condenao!*, exclama María deteniéndose y mirando con atención en torno suyo. ¿Dónde se habrá *metío*?

— Chica, contesta el novio, sabes que la lata es de primera y que ya estoy hasta el tupé de andar de aquí *pa* allá haciendo el buey y *cargao* con el cesto...

— Ni que decir tiene. También yo estoy pasando una sofocación. Si encontrara ahora á padre me iba á div...

— Y *cualquiera* le encuentra en este gentío tan cosmopolita.

— Lo peor es que llevaba el pañuelo con los *torraos* y los pitos del Santo que tú has *compra*o.

— Mejor, así andaré pitando por ahí.

— Menuda curda va á coger.

— ¡Anda, la osa! Y que no le gusta la *bebía* al señor Fulgencio, y *paese* una alcantarilla, que *too* se lo traga.

— ¿Sabes lo que te digo, chico? Que no somos unos peleles *pa* andar de aquí *pa* allá, y que padre ya es mayorcito y ya irá á casa si lo llevaran, que no será la primera vez, y que lo que hay que hacer es irnos á un merendero por ahí, y que nos den lo que nos falta y nos comemos lo que hay en el cesto. *Too* será que toquemos á más parte.

— ¡Bendita sea tu boca, barbiana! *Ties* la mar de la inteligencia.

— Mira, vamos al cerrito que hay detrás de la ermita, que allí carga menos gente, y cuanto menos bultos más *claridad*.

La gentil pareja toma la dirección indicada, comentando las circunstancias de la desaparición del señor Fulgencio, extraviado al salir de la ermita en medio de una avalancha de gente. Por fin, jadeantes, cansados y sudorosos, María y su novio llegan á un ventorrillo construido de esteras y tablas, sobre las cuales en gruesos y chapuceros caracteres se lee: *Venit al palasio De la fraternidad. ¡Ay callos!* En un periquete el dueño del tal palacio les arregla una fuente de ensalada que mete miedo, con la cual y algunas botellas de pardillo la prendera y Mariano se instalan á la sombra de un olmo y colocan sobre un mantelillo el contenido del cesto. María se quita el mantón y el *Coleta* se despoja de la cazadora; hecho lo cual comienza el ataque á las provisiones.

— *Cuidiao*, dice el galán. ¡Vaya una gazuza que se me ha *desarrollao* con tanto paseó!

— Pues anda y métele mano á la tortilla de escabeche.

— ¡Huy, qué rica está! Le daría la mar de abrazos á la que la ha hecho.

— Y ella te daría la mar de *gofetás*.

— A que no... Una apuesta.

— Prueba, prueba y lo verás, *panoli*.

Mariano, que conoce el paño, no se decide á hacer la prueba y se contenta con zamparse otro trozo de tortilla, mientras María clava sus blancos dientes en una libreta, dentro de la cual se ocultan dos salchichas de Burgos.

— ¡Lástima que padre se nos haya *perdió!*, exclama la joven en un raptó de amor filial.

— Pero remuchísima lástima; nos ha *echao* á perder la fiesta, replica el mozo.

Y para dar mayor prueba de su desconsuelo, coge una botella de vino y destapándola empina el codo largo rato, hasta que María le interrumpe diciéndole:

— Pero chico, á ese paso la vida es un soplo.

— Mujer, estaba viendo á ver si veía algún bólido entre las nubes.

— Trae, que yo tengo mejor vista que tú y lo divisaré antes.

Y la primer botella vacía rueda sobre la hierba. En pocos minutos la tortilla, la salchicha, un pedazo de jamón crudo, aceitunas, queso y el contenido de otra botella desaparecen de la escena, y le toca el turno á unas rosquillas de la verdadera Tía Javiera, precursoras de las naranjas y de la fuente de ensalada. El pardillo falsificado del *Palasio De la fraternidad* comienza á hacer efecto, y el *Coleta* cogiendo la guitarra *se arranca* por guajiras y comienza á cantar.

— Pero oye tú, mala sombra, interrumpe María. Déjate de música y toma esta rosquilla.

— No quiero más rosquillas, que ya me *comío* siete.

— Pues te vas á comer esta por mí.

— Por ti me como yo aunque sea el león del Retiro. Venga; dámela, carita de serafín.

Mariano trata de coger con la boca la rosquilla que su novia le enseña; pero sea porque la muchacha la retira, sea por lo que fuere, la tal rosquilla cae sobre el mantel y María recibe un sonoro beso en la mano é instantáneamente resuena el chasquido de una soberbia bofetada que *Coleta* se encuentra sin saber cómo ni cuándo. A la ruidosa carcajada con que la joven acompaña la acción, responde una estrepitosa algarabía de voces, risas, chillidos y aplausos que parten de un numeroso grupo de romeros de ambos sexos que vivaquean cerca de nuestros personajes, y que habiéndose percatado del lance lo celebran con un jaleo de dos mil diablos. El extorero se levanta airado, tirando la guitarra y haciendo ademán de sacar del bolsillo de la cazadora una navaja de buen tamaño; pero su futura le detiene, diciéndole al propio tiempo:

— No seas melón. Si es la Nemesia y las chicas de la Bernarda, que están con los barberos de enfrente de casa y *toos* son amigos.

— ¡Maríaá, Coleta! *Vengansen* *ustez*, gritan los del corro. Van á traer un piano y bailaremos.

— Anda, chico, dice la prendera, pasando su brazo por el de su novio. Déjate de pamemas y vamos á bailar. Hoy es San Isidro y *too* se *desimula*.

Pocos instantes después Mariano ya no se acuerda de nada, y sujetando amorosamente el talle de María gira al compás de los graciosos aires de *La verbena de la Paloma* en unión de sus alegres vecinos.

El sol comienza á desaparecer y la *señá* Nemesia indica que habrá que pensar en el regreso. En aquel momento una pareja de guardias de orden público pasan junto al corro. *Coleta* reconoce á uno de ellos y dice á su novia:

— Ahí va el Sr. Paco, el de la Tuerta.

— Calla, es *verdaz*, *pue* que haya visto al padre. Oya usted, Sr. Paco.

— ¡Hola, chiquilla, tú *pur* aquí!, contesta el interpelado, gallego legítimo.

— ¿Ha visto usted al Sr. Fulgencio?

— Ahora *mismu* le *dejamus* en el *merenderu* aquel de allí enfrente. *Pur ciertu* que tenía una *jumera* que *non* se podía lamer. Estaba *subidu* en una mesa *predicandu* á *otrus* *cuantus* *borrachus* *comu* él y *hablandu* mal del *cleru* y de los *obispos* y qué me sé yo cuántas cosas *insolventes*. Mi *compañeru* quería llevarle al cajón para darle el *amoniacu*, *peru* yo le he *dichu*: «Es un *amigu*, *dejarlu*; ya *tenemus* bastantes *enchiqueradus*.»

— Gracias, Sr. Paco. Anda, chico, vamos á recoger al sin vergüenza de tu suegro, que ya se habrá *divertío* bastante.

Una hora más tarde un ómnibus desvencijado, arrastrado por dos jamelgos matalones, sube pausadamente la empinada cuesta de la calle de Toledo. Ocupale una distinguida colección de borrachos, entre los que figura el Sr. Fulgencio, á quien á duras penas han podido su hija y Mariano encajonar en el vehículo. A las destempladas voces de los pasajeros se detiene un grupo de señoritas cursis, de esas que van á presenciar la vuelta de la romería, y entonces el viejo prendero sacando la cabeza por una ventanilla grita con voz aguardentosa la consabida coplilla:

«De San Isidro vengo
y he *merendao*,
más de cuatro quisieran
lo que ha *sobrao*.»

— ¡Viva San Isidro, vivaá!, contesta el coro.
— El año que viene, si Dios quiere, dice el *Coleta* por lo bajo á María, irá la cosa mejor.
— Chico, no caviles, contesta la desgarrada prendera: el año que viene, si Dios quiere, pues... será lo mismo que este.

A. DANVILA JALDERO



LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO, copia del célebre cuadro de Murillo que se conserva en la Galería de Stafford House
reproducida con permiso del duque de Sutherland

E PUR... SI MUOVE

El público, dando á esta palabra su verdadero sentido, no existe ó está divorciado de nosotros...

Eso decía, no recuerdo ya cuándo (aunque sé que hace poco tiempo), el ilustrado y célebre novelista Jacinto O. Picón; el autor de *Dulce y Sabrosa*, y de otros libros no menos famosos.

Soy admirador sincero de ese esclarecido literato; y sin embargo, en este punto mis opiniones son diametralmente opuestas á las suyas: creo que existe el público, y creo que no está divorciado de nosotros. Entendiendo por *nosotros* los que sostenemos que el arte es, para el hombre, necesidad tanto como lujo, ó acaso más que lujo.

En el trabajo á que ahora me refiero, decía Picón: «Ni cuadros, ni estatuas, ni novelas, ni poesías consiguen el favor y el lucro que con ellos se busca;» y en ese orden de ideas no he de entrar ahora, porque el tema es muy largo, y muy cortos el espacio y el tiempo de que puedo disponer para dilucidarlo.

Para novelas y poesías españolas hallan mercado y lo explotan casas editoriales extranjeras, ¿quién desconoce que esos mercados podrían y deberían ser explotados, acaso en condiciones más favorables, por nuestros editores?

¿Por qué no lo son? No me atrevo á decirlo; pero sí aseguro que la causa del mal no se halla en el público. Tal vez los editores de nuestro país, que, según todos sabemos, es pobre, y en que, por consiguiente, el dinero está caro, necesitan (por regla general y salvando honrosísimas, si bien poco numerosas, excepciones) sacar á los capitales dedicados á esta industria un interés crecido, equivalente, por lo menos, al que produce el papel del Estado, mermando así necesariamente el lucro que los escritores buscan; tal vez..., pero he dicho ya que no voy á entrar en ese terreno. Las hipótesis, que podría yo establecer como explicación del fenómeno, serían muchas y no sé adónde me llevarían. Quiero, pues, concretarme por hoy á un solo punto de los que Picón estudiaba en el trabajo, primoroso como todos los que salen de su pluma delicadísima, y que llevaba por título estas dos palabras:

SIN PÚBLICO.

Véase en qué términos abordaba el distinguido crítico de artes la cuestión del teatro:

«Y no se diga que el teatro sale mucho mejor librado.

»El teatro, por su carácter de diversión colectiva, en que el público forma parte del espectáculo, siendo con frecuencia su mayor aliciente, pudiera quedar excluido de estas observaciones; pero, por desgracia, tampoco soplan para la escena vientos muy bonancibles. El genio dramático serio vive penosamente.»

Aludía después el inteligente articulista á la frialdad con que habían sido recibidas en la temporada teatral que terminó ha poco, obras dramáticas de nuestros autores más aplaudidos, obras que, en concepto de Picón y á juicio de muchos otros, son merecedoras de más alta estima, y continuaba diciendo:

«Sólo en cierta medida prosperan las piezas cómicas, en uno ó á lo más en dos actos, favorecidas por la circunstancia de que las funciones por horas facilitan la asistencia á la representación. Aun para conseguir ligeros resultados con el llamado género chico, hay que extremar determinados recursos.»

Tales premisas servían á Jacinto O. Picón para establecer como consecuencia uno de los términos de este dilema:

«Una de dos: ó los literatos y artistas que hoy trabajamos, hemos dejado llegar el arte y las letras á tan miserable estado que no merecemos ser atendidos, ó el cuerpo social ha caído tan bajo que puede prescindir y prescindir de todo goce estético.»

Y por si los términos de esa dolorosa y triste alternativa no eran suficientemente precisos, el autor de *Cuentos de mi tiempo* la exponía en esta otra forma:

«O el público da á entender que se ha hecho refractario á toda impresión de belleza, ó sintiéndose muy superior á nosotros, nos desprecia por incapaces de conmoverle y deleitarle expresando sus ideas y sus sentimientos.»

Afortunadamente hay muchos y muy poderosos motivos para sospechar que Picón, artista inspirado, entusiasta adorador de lo bello, celoso y exclusivista como todos los enamorados, avaricioso é insaciable cuando se trata de la pleitesía y del homenaje tributados al objeto de sus nobles amores, ha exagerado, sin pretenderlo, las proporciones del mal, cuya existencia es evidente, pero cuyas causas no son las que el insigne novelista señala.

«O no hay público, ó no hay artistas; ó los artistas valen poco, ó el público no vale nada;» tal viene á ser la síntesis de las consideraciones magistralmente expuestas por Jacinto O. Picón y á las que

puede replicarse: ni lo uno, ni lo otro; hay artistas, y artistas buenos, muy buenos; hay público, y público muy inteligente.

Esto último parece ser lo que más en duda pone el articulista, según se desprende del contenido de las siguientes líneas, en las cuales condensa su pensamiento, poniendo al propio tiempo término á su trabajo:

«Si público, en el más noble sentido de la palabra, es la diversidad de gentes que buscando deleite al ánimo espera con impaciencia, discute con interés y aprueba ó condena con entusiasmo las obras de arte, si es eso, no tenemos público.»

Sí, amigo Picón, sí; lo tenemos, y bastante numeroso con relación al estado de lamentable atraso en que el país se encuentra y en relación, sobre todo, con la escasez de recursos que á la generalidad de los españoles aflige.

Y no se crea que el reconocimiento de que el público no es numeroso y sí es pobre, viene á ser confesión paladina de que no existe; pues tanto como no existir vale no tener dinero. Cuando digo de nuestro público (de esa diversidad de gentes que discute con interés las obras de arte) que es poco numeroso y que es pobre, explico el por qué no proporciona á todos los artistas el lucro que ellos buscan; pero no niego su existencia, antes la afirmo con la seguridad más absoluta.

Por lo que se refiere al teatro, ya que á este punto he ofrecido concretar mis observaciones; por lo que se refiere al teatro, mi queridísimo amigo Picón no podrá negar que para *Juan José*, el popular drama de Dicenta, ha habido público en las ciento cincuenta ó más noches que se ha representado, y tampoco negará que *María del Carmen*, de Feliu, ha logrado éxito, si no tan inusitado y tan ruidoso como el de *Juan José*, nada inferior al de las obras más aplaudidas del repertorio contemporáneo.

Que esas dos obras han sido esperadas con impaciencia, discutidas con interés y aprobadas con entusiasmo, á nadie se oculta: es evidente, por lo tanto, que sí tenemos público.

Lo que sucede es que éxitos como el conseguido por *Juan José* no son frecuentes... ¡es claro!, y porque no lo son se los denomina extraordinarios; aun las victorias parecidas á la alcanzada por Feliu en *María del Carmen* escasean. Y de esto alcanza gran parte de culpa á los autores, otra parte no pequeña á los empresarios, alguna á los cómicos y lo que resta á los críticos, ó revisteros, ó lo que ellos sean ó quisieren llamarse; el público es el único á quien en justicia no puede exigirse responsabilidad alguna.

¿Qué más puede hacer el público, en Madrid por ejemplo, que sostener doce ó catorce teatros abiertos durante la temporada cómica?

¿Que va poco al teatro serio? Claro que va poco; pero va.

Si no va á menudo es porque ese *deleite del ánimo* le resulta caro, demasiado caro, extraordinariamente caro.

Piensa del arte, como piensa Picón, que es artículo de necesidad, no sólo de lujo; pero piensa, y con mucho juicio, que no es artículo de *primera* necesidad, y como las necesidades á que ha de atenderse con preferencia son esas, que por algo se llaman *primeras*, la del teatro queda relegada al segundo término.

Y al hacer esta indicación me parece que apunto uno de los remedios, acaso el más eficaz remedio, para el mal que lamentamos todos. Es necesario abaratar el espectáculo; ponerlo al alcance de las fortunas más modestas; facilitar su disfrute á todas las clases; lograr, en fin, que los aficionados, que hoy sólo van al teatro de tarde en tarde y los días que repican gordo, como el vulgo dice, puedan permitirse el dispendio de proporcionar al ánimo tan agradable esparcimiento casi todos los días.

Algo de eso hacen ya en Barcelona, durante el verano, y allí van y allí viven y allí logran ganancias casi siempre las mejores compañías dramáticas de España.

A que esto se realice opónense los comediantes, porque sería necesario rebajar sus sueldos; se oponen los empresarios, que procuran explotar la vanidad de los *públicos* especiales, público de moda, de estrenos, de beneficios, etc., que no son el verdadero público; y se opone la candidez algo interesada de los autores, que prefieren jugar á la lotería con la esperanza de sacar cuando menos lo piensen un exitazo como el de *Juan José*, á lograr, en las obras medianas (que son las que más abundan siempre), mediana ganancia.

De la parte de responsabilidad exigible á la prensa en estos daños evidentes que el arte dramático sufre por culpas de todos, he hablado ya en otras ocasiones.

La verdad es que á los autores de obras serias se les exigen maravillas, se los trata como si fueran cri-

minales (hablo en general siempre). Háblase de ellos y de sus producciones con desdén olímpico, con menosprecio soberano. Sus equivocaciones les son echadas al rostro como delitos imperdonables. Mientras tanto las *piecitas* en un acto, los juguetes cómicos, las zarzuelillas de música *retozona* hallan casi siempre indulgencia en el revistero.

Las consecuencias de esto son fáciles de comprender: el público, de cuya lamentable pobreza he hablado ya y que se reserva el ir á los teatros grandes para las grandes ocasiones, espera siempre á que los periódicos le digan: «¡Ahora!; ha llegado el drama que debes ver;» y entretanto, ó no va al teatro, ó asiste á ver trajes, decoraciones y pantorrillas á cualquier teatrillo de funciones por horas.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL PORVENIR DE LOS HIJOS

— Esto no es vivir, doña Laureana: las hijas son nuestra pesadilla. Nueve se me han muerto, haciéndome llorar mucho; pero ellas estarán tan ricamente... y yo también.

— Pues Elenita y Pepa, que aún le viven, parecen muy formales.

— Sí que lo son; pero ¿quién puede evitar un fracaso? Vea usted: Elenita tenía unos amores muy serios, y todos suponíamos que el asunto acabaría en boda, cuando averiguamos que el pretendiente...

— ¿Era casado?

— No podía serlo: era capellán de un batallón de cazadores.

— Pobre muchacha; estará muy triste con ese desencanto.

— Algo parece que va consolándose, desde que le pasea la calle un segundo teniente del mismo batallón.

— ¡Sería curioso que les casara el antiguo novio!

— ¡Pues y Pepa! Ha seguido ya tres carreras...

— No entiendo.

— Pues es muy sencillo. Estuvo en relaciones con un estudiante de Farmacia, y cuando acabó éste la carrera buscó un buen partido.

— ¿Otra muchacha de mejor posición?

— No: quiero decir que se fué á un pueblo; y Juanita se enamoró de otro estudiante de Medicina.

— Que se fué á otro partido...

— Casi, casi; hizo oposiciones al cuerpo de Sanidad de la Armada y desde entonces está navegando.

— ¡Pobre Pepa!

— Así es que ésta no tuvo otro remedio que ponerse en relaciones con otro estudiante de Derecho... y ya parece que estamos todos acabando la carrera.

— ¿Y no saldrá éste con algún registro?

— Eso es lo que él quisiera; obtener un registro de la propiedad.

— Pues, hija, creo que es peor todavía lo que á mí me ocurre con mi hija Purificación. Quiere hacerse monja.

— Y separarse de ustedes...

— Dice que sólo puede ser feliz con una vida contemplativa.

— Tal vez algún desengaño amoroso.

— Mire usted; yo creo que todo eso proviene de que una vez estuvimos á visitar á una amiga en las Monjas de Pinto, y nos dió unos bollos tan ricos, que desde entonces Purificación sólo piensa en ellos.

— Entonces, lo que quiere es contemplar los bollos.

— Yo la he llevado á la Mallorquina, á la Flor y Nata, al Suizo, á Lhardy; se ha comido en estas y las otras muchos cientos de pasteles, pero ningunos como los de las Monjas de Pinto.

— ¿Y tendrán ustedes que prepararle un dote?

— Habrá que hacerlo, porque Purificación es un verdadero carácter y nos lo ha dicho con resolución: Monja de Pinto ó ama de cura.

— ¡Oiga! Para ella hubiera sido una proporción el pretendiente de Elenita.

— No, porque los capellanes castrenses tienen asistente en lugar de ama.

— De todas maneras, las muchachas son una gran preocupación.

— Pues mire usted, señora, que los chicos... ¿A qué piensa usted dedicar á los suyos?

— Mi marido está esperando á conocer la vocación de los mismos; pero semejante vocación tarda mucho en manifestarse. Mi Luisito, por ejemplo, sólo muestra afición á hacer pajaritas de papel con las hojas de los libros de texto. ¿Puede constituir esto una profesión? Ricardo, que ya es un mocete, se pasa la vida pellizcando á las criadas y disparando con una escopeta de salón contra los gatos de los tejados; y Ramón, que es todo un hombre, manifiesta con honrada entereza que su vocación se dirige á comer y

beber bien, dormir mucho, pasear algo y no preocuparse ni afligirse por nada.

- Y ¿qué dice su esposo de usted?

- Mi esposo cree que la industria de las pajaritas de papel demuestra mucha afición á la Zoología, y que el chico podría dedicarse á catedrático de Historia natural ó á disecar pájaros. Las aficiones de Ricardo indican sus instintos de cazador, pues así como hoy caza gatos, mañana puede cazar tigres ó leones, y en cuanto á lo de pellizcar á las criadas puede ser una mala costumbre que se le quitará con el tiempo, sobre todo viviendo donde no las haya. Por lo que hace al mayor, dada su tendencia á no hacer nada, es asunto más fácil de resolver: se le buscará un destino, y así realizará su ideal de no trabajar nunca. Y usted ¿á qué piensa dedicar al suyo?

- El mío tiene marcadísimas aficiones. Trafica con todos sus amigos, vendiéndoles por cuatro lo que le ha costado uno; al repartir un bollo se queda siempre con la mayor parte, y no hay moneda falsa que no logre pasar. Creo que será un gran comerciante; pero ¿de qué? ¿De comestibles? ¡Si hay una tienda en cada casa! ¿De telas? Casi todos se arruinan. ¿De antigüedades, de objetos de escritorio, de curtidos? Él cree que será muy productivo un comercio de boinas para los que montan en bicicleta, de palillos de enebro para la dentadura ó de botones de hueso para las pecheras; pero aún no hemos resuelto nada en definitiva. Para que vea usted si tiene espíritu mercantil, sólo diré que la semana pasada vendió á un peluquero mi añadido y empeñó el reloj de su padre, y que el año último, mientras que estábamos en los baños, hizo subir á casa á un prendero y le vendió por cuatro pesetas el aparador, un brasero y media docena de sillas. De todas maneras, me parece de poco porvenir el comercio, y veo con envidia lo que logran otros padres con sus hijos. ¿Usted conoce á Mozoncillo?

- ¿El administrador del duque?

- El mismo. Pues bien: el chico se empeñó en ser pintor, y con sólo cinco años que ha estado en la Academia de San Fernando, ya anda por ahí pintando muestras y letreros de esos en que las letras están



LA GUERRA DE CUBA. - El general de brigada D. Julián Suárez Inclán

tumbadas y no se sabe lo que ponen. ¿No conoce usted á Martínez?

- ¿A D. Pablo Martínez?

- No, á D. Luis.

- No le conozco; pero ¿qué es ahora D. Pablo?

- Ahora es difunto. El que yo digo es D. Luis, el que tuvo la contrata de las anunciadoras. Pues bien: es tal su suerte con los hijos, que el primero acabó la carrera de médico y en seguida le dieron un destino en consumos; y el segundo, así que terminó la carrera de abogado, logró un premio de la lotería. Mi chico dice que para eso era lo mismo no haber estudiado; pero estos son razonamientos de holgazán.

- ¡Ya, ya! Crea usted que el porvenir de los hijos es la mayor de las preocupaciones, y que muchas noches me quitan el sueño los míos ó sufro terribles pesadillas. Ya me parece ver á Ricardito rodeado de millares de criadas, arrancándole las carnes á pellizcos, ó á un ejército de gatos formando el cuadro para fusilarle á él. Ya es Luisito al que creo ver luchando en vano para salir de entre un monte de pajaritas de papel en que se ahoga. Ya es, por último, Ramón al que, á fuerza de no hacer nada, se le quedan rígidas todas las coyunturas del cuerpo ó dando un bostezo se le desencajan las mandíbulas y no hay medio de componerlas. Crea usted, amiga mía, que esto es terrible y que las madres no vivimos ni sosegamos.

- Hay que tener esperanzas, pues nadie sabe lo que está llamado á ser. Ya ve usted; mi padre iba para fraile, y ya era lego en el convento de San Francisco; pero llegó la matanza de los frailes, se refugió huyendo en casa de mi madre y se casó con ella. Mi marido estudió para telegrafista y hoy compra y vende papel del Estado; y el primero que le dió trabajo, que era entonces un millonario, da hoy sablazos de á peseta en la calle de Sevilla. Lo que debemos hacer las madres es educarlos en el santo temor de Dios y no permitir que, como el de usted, pellizquen á las criadas.

- Pero si cuando él no lo hace, ¡son ellas las que le pellizcan! El mundo está muy malo, y lo que es más triste, no lleva camino de mejorar. ¡Quién pudiera después de morirse mirar por un agujerito á los que quedan aquí!

- Crea usted que sería peligroso y que hay cosas que más vale no verlas.

M. OSSORIO Y BERNARD

NUESTROS GRABADOS

La vuelta del Hijo Pródigo, cuadro de Murillo. - Esta joya del inmortal pintor sevillano, que hoy se guarda en la Galería del duque de Sutherland, en Stafford-House (Londres), fué una de tantas obras maravillosas que nos arrebataron los invasores que á principios de este siglo asolaron nuestra patria, deseosos de no perderlo todo en aquella campaña en que tanto perdieron. El mariscal Soult se lo llevó de Sevilla, y de sus manos pasó á las de su actual propietario, el ilustre prócer inglés. Viardot, el eminente crítico francés que



LA GUERRA DE CUBA. - INSURRECTOS PARAPETADOS DETRÁS DE UNA BARRICADA DE BARRILES DE AZÚCAR. (Véase la página 350.)



CONSULTANDO EL PROGRAMA, cuadro de Luciano Davis



¡SIN HOGAR!, cuadro de Leopoldo Burger

tan profundos estudios hizo acerca de la pintura española, dice hablando de este cuadro: «Ese grupo del hijo miserable y arrepentido que se arrodilla á los pies de su padre, noble y afectuoso, ese grupo de criados que se apresuran á traer manjares y vestiduras, el mismo perro que reconoce y acaricia al fugitivo, la ternera á la que se va á sacrificar en celebración del regocijo que en la casa produce el regreso del ausente, todo resulta grande y maravilloso merced á la ingenuidad de la composición, á la expresión vigorosa y al colorido incomparable que la avalora.» Después de estas palabras del célebre escritor holgaría todo otro comentario; y aun de aquellos conceptos habríamos podido prescindir, porque la mejor crítica de las obras de Murillo está en el sentimiento que la contemplación de cualquiera de ellas produce, en la admiración con que propios y extraños pronunciamos el nombre del incomparable maestro, y en el homenaje que á una le tributan los principales museos del mundo, concediendo un puesto de honor á sus maravillosas creaciones y disputándose la adquisición de los pocos lienzos suyos que de cuando en cuando son objeto de contratación en el mercado artístico.

Consultando el programa, cuadro de Luciano Davis. — Luciano Davis es uno de los más notables pintores ingleses contemporáneos: individuo del Real Instituto de Acuarelistas, sus obras figuran entre las más celebradas en todas las exposiciones adonde concurre. Sus composiciones tienen un sello de elegancia que las caracteriza; sus asuntos están tomados de la realidad, pero de la realidad que atrae, que halaga los sentidos, y la ejecución se distingue en ellas por lo acabada, sin degenerar en minuciosa, y por la brillantez de los tonos, que nunca traspasa el límite que separa la luz y el colorido verdad de los efectos de relumbrón. No hace mucho, en el número 667 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducimos una de sus bellísimas obras, *Salida de baile*; la que hoy publicamos no es menos simpática que aquella: el pintor que ha trazado las figuras de esas dos lindas jóvenes, que ha sabido darles una expresión tan encantadora y tan apropiada, merece por derecho propio figurar entre los buenos.



LA GUERRA DE CUBA. — D. Antonio Vessa y Fillart, coronel de voluntarios de caballería de Jaruco, que tanto se distinguió en la defensa de dicha población cuando fué atacada por Maceo en 9 de marzo último. (Véase la página 350.)

¡Sin hogar!, cuadro de Leopoldo Burger. — Es tan profunda la impresión que nos causa este hermoso cuadro, son tantas las reflexiones que al contemplarlo se nos ocurren, que difícilmente pueden expresarse aquella y condensarse éstas en una noticia breve y de carácter ligero, como las que de esta sección forman parte. Aquella pobre muchacha que hundidos los pies en la nieve, llevando en una mano un miserable hatillo y sosteniendo con la otra el hijo de sus entrañas, se encuentra abandonada en medio de la calle, sin tener donde guarecerse contra las inclemencias del cielo; aquella mirada, no de desesperación, sino de desconsuelo, de abatimiento; aquel trozo de mar que parece atraer á la infeliz brindándole con el reposo eterno que hallaría en su seno; aquella tosca santa imagen, allí puesta como para indicarle que hay un Dios que vela siempre por los afligidos, y junto á Él una Madre celestial que en socorro de los desgraciados acude cuando con vivísima fe la llaman; todo eso que sentimos tan bien y que tan mal expresamos, produce una emoción hondísima, uno de estos efectos intensos que son la mejor demostración de que el artista se ha impuesto, de que ha conseguido su objeto, de que ha cumplido los fines del arte.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — COLONIA. — El municipio de Colonia proyecta construir un edificio para Museo de Industrias Artísticas, cuyo coste será de 500.000 marcos (625.000 pesetas): al efecto ha abierto un concurso entre arquitectos alemanes con premios de 2.500, 1.500 y 1.000 marcos para los mejores proyectos presentados en croquis.

PARÍS. — La Gran Opera erigirá á Ambrosio Thomás un monumento, cuya ejecución ha sido encargada al célebre escultor Falguière: el boceto aceptado representa al ilustre compositor sentado en una roca y á sus pies á Ofelia ofreciéndole flores. La estatua del maestro será de bronce, y de mármol la figura de la infortunada prometida de Hámlet.

— La Sociedad de Pastelistas de París ha celebrado en el salón Petit su acostumbrada exposición anual, en la que figuran obras de Roll, Dagnan-Bouveret, Arlette, Thevenot, La Touche, Leandre, Lhermitte, Guignard, Desvillers, Menart, Duez y del holandés Baertrón. El conjunto de esta exposición es en extremo notable.

LONDRES. — En la *Fine Art Society* se ha verificado una interesante exposición de estudios y dibujos del famoso pintor Burne-Jones.

— La casa Christie ha verificado una subasta de cuadros que ha producido 40.000 libras esterlinas (un millón de pesetas). He aquí los precios á que algunos se han pagado: un retrato

de Nelson pintado por Hoppner ha sido adquirido por el tratante Ayner en 56.250 pesetas; el pastor Cooper pagó por un retrato de lady Mulgrave, obra de Gainsborough, 87.500; una



LA GUERRA DE CUBA. — El general de brigada D. Francisco Fernández Bernal. (Véase la página 350.)

Sagrada Familia de Murillo alcanzó el precio de 100.000 pesetas; una marina de Ruisdael 105.000, y un retrato de Rembrandt 25.000.

MUNICH. — El profesor Matías Schmid se ha separado de la Asociación de Artistas, y nos parece interesante ó por lo menos curioso reproducir textualmente la carta en que expone los motivos de su determinación. Dice así:

«Desde hace años la Asociación de Artistas se esfuerza en proteger por todos los medios á los artistas forasteros en perjuicio de los de aquí. A costa de la Asociación se emprenden viajes al extranjero, las más de las veces para lograr materiales del peor gusto para las exposiciones munienses, que luego son premiados y adquiridos con destino á los museos imperiales. Gracias á esto, se ha desviado el criterio de los artistas jóvenes y del público, y ha decaído tanto el arte muniense, en otro tiempo tan floreciente. Hace algunos años tuve ocasión de asistir como individuo del jurado de las exposiciones de Munich á las sesiones por el mismo celebradas, y con frecuencia he de indignarme al ver cómo se condenaban obras excelentes de nuestros artistas: sin embargo, al cerrarse la exposición comprendí la causa de esta conducta, cuando vi que los señores jurados solicitaban de las embajadas extranjeras condecoraciones en premio de sus servicios en pro de los artistas de sus respectivas naciones. Me repugna que puedan juzgar mis obras jurados que carecen de toda objetividad y que, en sus mezquinas envidias y en su falta de conocimientos, procuran postergar á sus más reputados colegas. Cref que con una nueva presidencia tendría remedio este estado de cosas desagradable; pero mis recientes experiencias me han demostrado que no ha sido así, en vista de lo cual me separo de una asociación que en vez de fomentar el arte, como su misión le exige, sólo atiende al provecho de sus intereses personales.»

— De la memoria leída en la última asamblea general de la Asociación de Artistas tomamos los siguientes datos relativos al ejercicio del año 1895: en la exposición del Palacio de Cristal figuraron 1.578 obras, de ellas 1.338 vendibles; se vendieron 329 por 438.934 marcos (548.668 pesetas), y la exposición dejó un beneficio líquido de 28.843 marcos.

SAN PETERSBURGO. — En los salones de la Academia de Bellas Artes se ha celebrado una exposición de acuarelistas en la que figuran gran número de obras, si bien pocas de ellas son verdaderamente notables. Las mejores llevan las firmas de Benoit, Nawosoff y A. P. Sokoloff. Entre los artistas jóvenes merecen especial mención R. Bergholz, Perepletschikoff, Dossekin, Benoís y Berkos; y entre los extranjeros, Bartels, Dupré, Nozal, Israel, Wolbers y Pablo Sala.

BERLÍN. — La Sociedad de Acuarelistas ha celebrado en el Salón Gurlitt su acostumbrada exposición, que ofrece como notas salientes las acuarelas de Luis Dettman, inspiradas en paisajes del Norte de Alemania. Son también notables las de Liebermann, Skarbina, Leistikow, Hanss Herrmann, Bartels, Schmidt-Michelsen y Wengel.

Teatros. — En el teatro Garnerplatz, de Munich, se ha estrenado con gran éxito la graciosísima comedia de Feydeau *El hotel del Libre Cambio*, arreglada del francés al alemán por B. Jacobson.

París. — Se ha estrenado con buen éxito en Folies Dramatiques *La Falote*, opereta en tres actos de A. Liorat y M. Ordonneau, música de Varney.

Madrid. — En el teatro de la Comedia sigue logrando continuas ovaciones el eminente actor italiano Sr. Novelli, que entusiasma justamente al público madrileño interpretando con

su maravilloso talento los caracteres más opuestos de los personajes de su vasto y variado repertorio. En el teatro de la Princesa la conocida actriz doña Elisa Casas, con ocasión del aniversario de la muerte de Ricardo Calvo, organizó una función á beneficio de la familia del aplaudido actor: dicha función debía celebrarse en el teatro Español, pero la empresa del clásico coliseo no quiso cederlo.

Barcelona. — El Liceo terminó su temporada, habiendo cosechado en las últimas funciones grandes aplausos las señoras Cesareo y Fabri y el Sr. Blanchart en las representaciones de *Falstaff*, y en las de *El Profeta* la señora Fabri y el tenor Mariacher, quien, en la noche de su beneficio, pudo comprobar las muchas simpatías que se ha conquistado en esta ciudad. Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, por la compañía que dirige Ceferino Palencia y de la que forma parte la cébrada María Alvarez Tubau, *Altezas del honor*, interesante drama en tres actos del Sr. Novo y Colson, y *La bicicleta*, bonita comedia en un acto de Miguel Echegaray; en Romea *Lo jech de n Migranya*, graciosísimo sainete en un acto de Teodoro Baró; y en el Eldorado *El coche correo*, zarzuela en un acto de Arniches y López Silva con bonita música del maestro Chueca. En el Lírico se anuncia una serie de cuatro conciertos dirigidos por el maestro Sr. Nicolau, en los que además de una



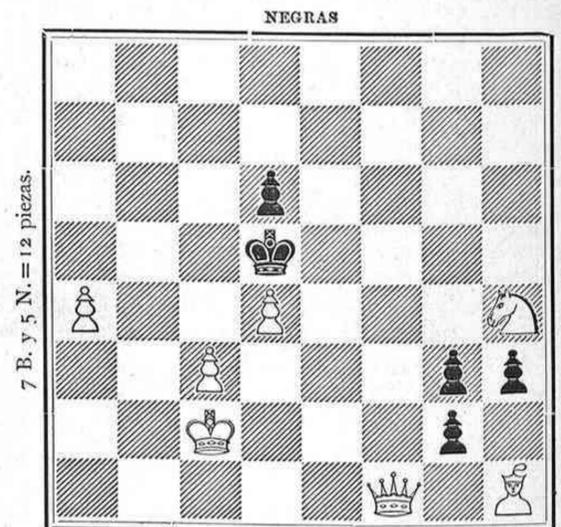
LA GUERRA DE CUBA. — El general de brigada D. Javier de Obregón y de los Ríos. (Véase la página 350.)

numerosa orquesta tomarán parte el eminente tenor Sr. Van Dyck y 150 coristas del Orfeo Catalá: una de las piezas que se anuncian es la grandiosa página de Wágner *La consagración del Graal*, escena última de *Parsifal*, cuyo texto alemán ha sido expresamente traducido para estos conciertos por el laureado poeta D. Juan Maragall. Dado el gratísimo recuerdo que en los amantes de la buena música dejaron los últimos conciertos dados en el mismo teatro y bajo la misma dirección, no es dudoso predecir que los que ahora se anuncian tendrán el mismo éxito que aquéllos y aun mayor, porque el concurso de un nutrido coro permitirá oír grandes piezas de conjunto como la citada del inmortal maestro de Beyreuth. El tenor Van Dyck cantará, entre otras varias, piezas de *Lohengrin*, *Tanhauser* y *Los maestros cantores*.

Necrología. — Han fallecido: Carlos Humann, director del Museo de Berlín, uno de los más eminentes arqueólogos alemanes, que descubrió las famosas esculturas de Pérgamo y dirigió desde 1878 hasta 1886 las excavaciones allí practicadas. Sebastián Steiner, notable escultor de la corte imperial de Alemania. Víctor Tilgner, famoso escultor vienés.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 18, POR VALENTÍN LÓPEZ NAVALÓN



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 17, POR M. FONTANA

- | | |
|-------------------|----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. R2 AD | 1. P6 TD |
| 2. R3 CD | 2. R3 R |
| 3. R4 CD jaque | 3. R4 R |
| 4. R4 AD | 4. R3 R |
| 5. R toma P mate. | |



La señora estaba al parecer pintando...

DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETV

Apenas miraba al cielo
y por eso tropezaba en la tierra.

PRÓLOGO

I

En la primavera del año de 1867, con motivo de la jornada regia, hallábanse muy animados Aranjuez y sus alrededores. Parecía que todos los adeptos á la idea monárquica se habían dado cita en aquel Real Sitio, como si presintieran la próxima revolución. Desde los buenos tiempos de Fernando VII, no se recordaba semejante afluencia de gente; así era que entonces más que nunca, Aranjuez ofrecía los más extraños contrastes de la vida cortesana y de la vida campesina. Los labriegos de los pueblos cercanos y aun de comarcas más distantes acudían á bandadas á presenciar los festejos ó vender sus productos, y nubes de mendigos, de las más raras cataduras, recordaban á los privilegiados de la fortuna allí reunidos las miserias de la vida. La dama elegante se codeaba con la alcarreña de tresdoblado refajo; el magnate ó diplomático de bordado uniforme y lleno de condecoraciones apretaba el paso para evitar el polvo que levantaban los carros de violín cargados de sacos de trigo, y el elegante que guiaba su *mail-coach* ó su *break* tenía que refrenar el ímpetu de su fogoso tronco para dejar paso á la sarta de pesadas carretas que de las próximas canteras de Colmenar conducían piedras para construcciones.

Los rateros ó tomadores del *duí* venidos de Madrid hacían su agosto de *parlós de sorna* ó de *lama* (1), á pesar de la vigilancia de la policía. Pululaban los *cantaores* y *cantaoras* por lo *jondo*, y se absorbía más manzanilla que en Cádiz y en los puertos.

Reinaba una animación sorprendente y general, á la cual contribuía la temperatura, que fué fenomenal aquel año. El tiempo estuvo frío hasta últimos de abril, por lo que se retardó algún tanto la jornada de la corte; pero desde principios de mayo comenzó á diseñarse un calor prematuro, que á los pocos días trocóse en verdadero bochorno. La atmósfera estaba revuelta y como tempestuosa. Casi todas las mañanas el sol salía envuelto en una capa de color de esarlata á lo *chispero*, y luego echaba chispas, cuando lograba desenvolverse de aquellos rojos crespones de nubes, que iban transformando en grumos cenicientos y después plateados que concluían por soltar

chaparrones rápidos, pero diluvianos. Los cuatro vientos cardinales bailaban á intervalos su zarabanda particular. El cefirillo que vagaba por los jardines trocábase de repente en ciclón de la Cafrería; unas veces volaba alto, arrancando veletas y haciendo sonar campanas; otras, rastrea por el suelo, no siendo mal recibido por los hombres, que con este motivo veían pies liliputienses y piernas esculturales.

A pesar de estos cambios atmosféricos y tal vez por causa de ellos, el campo estaba hermosísimo y deslumbrante; sobre todo el río. Nunca los admiradores del Tajo le contemplaron más: en aquel espejo se reflejaban todas las galas y variaciones de la naturaleza. Por la mañana el agua asía la luz del éter, hacía filtrarse por su superficie y la llevaba á sus senos; así era que mientras ésta estaba casi oscura, el centro del río parecía un volcán en ignición. Al mediodía, el sol en el cenit medio velado á veces por nubes rápidas y poco densas, descomponía sus rayos en variadísimos colores, formando extraños espejismos, ó mejor dicho, uno inmenso, que hacía que todo el panorama circunvecino, y aun el lejano, se retratara en el río; de modo que se proyectaban en él no sólo los contornos escuetos ó carminosos de los cerros y colinas, sino hasta mínimos detalles del paisaje; las borrajas de los alcores, las cicutas é hinojos de las praderas y hasta las anémonas acuáticas de los arroyos que corrían en terreno elevado.

Como el cielo estaba casi siempre matizado de vellones de nubes, éstas, en sus interposiciones á la luna, dibujaban prismáticos y caprichosos cabrillos sobre el río: vedijas de plata, sierpes erizadas de púas como los monstruos de Ferdusi; y proyectando la sombra de los árboles de la orilla, hacíanse asemejar á colosales Briareos que tomaban un baño nocturno.

El excesivo calor volvía fosforescente el agua; de suerte que los remos de la falúa real y de las demás embarcaciones, que buscando fresco surcaban el Tajo, parecían de plata, golpeando láminas de acero fundido.

Pocos ríos son más admirables que el Tajo en los sitios en que lleva agua. No es su aspecto el apacible de los ríos franceses é ingleses, siempre monótono. El Tajo varía incesantemente de colores: es el camaleón de los ríos.

El año á que me refiero, todo fué fenomenal en Aranjuez: hasta en los espacios celestes se presentó un cometa colín y crinito en la constelación del cochero, dando motivo á observaciones y comentarios nocturnos.

El calor prematuro, la afluencia de gente y las continuas variaciones del tiempo trastornaban todas las cabezas. El Sitio Real era un hervidero de intrigas, de aventuras y de *juergas*. «¡Esto es insufrible; estamos en pleno julio!» decía todo el mundo; y sin embargo, ni la reina Isabel ni nadie pensaba en dejar aquel agradable infierno.

Me he detenido en esta digresión, que nada tiene que ver con mi relato, en primer lugar porque, como Espronceda, soy aficionado á ellas, y además porque he querido echar una cana al aire recordando aquella memorable jornada de 1867, en la que dí un adiós á mi juventud.

II

En aquella época, á un cuarto de legua de Aranjuez, en la zona del Sur y en una larga y suave pendiente que termina casi en la ribera del río, había dos solos edificios, uno de los cuales existe todavía. *La Tomillera*, que así se llama, aunque en ella abundan bien poco los tomillos, es una extensa posesión perteneciente á un grande de España. Ocupa un gran terreno cercado de tapia; y dentro, hacia la parte del Norte, se eleva un edificio de dos pisos, flanqueado por dos torrecillas de estilo flamenco. Esta posesión ha variado mucho de aspecto en la actualidad y su dueño ha introducido en ella grandes mejoras. En la época á que me refiero, la casa estaba bastante descuidada exteriormente, y en el terreno que la rodea no había tantas ni tan frondosas plantaciones como ahora. Fuera del cercado de la posesión, en lo más alto de la colina, brota un caudaloso manantial que forma una especie de lago; y esto, sin duda, sugirió la idea de abrir un canalillo que pasara por dentro de *La Tomillera*, para riego y solaz. El canal, ó más bien zanja, es ancho y profundo, y siguiendo la declinación del terreno se desliza suavemente hacia el Tajo, en donde desaguaría, si estuviera terminado. Esta artificial corriente de agua es conocida en los alrededores de Aranjuez con el nombre de *Arroyo grande*, y ciertamente le merece, pues engrosado por las lluvias del otoño ó de la primavera, parece un arroyo con honores de río.

El arroyo grande rebasa el circuito de la *La Tomillera* y se prolonga cuarenta ó cincuenta metros más allá. Casi al borde del arroyo había en 1867 una casita, que ya ha desaparecido, sin que yo sepa el porqué. Era cuadrada, tenía piso bajo y principal, dos ventanas en cada uno de los pisos, que resultaban cuatro por fachada, con persianas verdes; y es-

1) Relojes de oro ó plata.

taba enjalbegada de color ocre sucio. Era tan pequeña que parecía una casita de nacimiento, y tenía una sola puerta en la fachada opuesta al arroyo.

No quiero hacer la descripción del interior de este edificio, y sólo diré que en el piso bajo había una salita y un gabinete, separados por medio de una puerta de madera. Cada una de estas piezas tenía una ventana que daba al lado del arroyo.

Serían las ocho de la mañana, el cielo estaba entoldado por un inmenso nubarrón y hacía un calor bochornoso. Dos señoras de edad ya proveya, agradecidas todavía y muy parecidas entre sí (como que eran primas hermanas), sentadas en la sala, hablaban y se abanicaban desafortunadamente. En el gabinete, un niño como de nueve años de edad, en pie, asomado a la ventana, apoyando en el alféizar de ésta un tomo del *Semanario Pintoresco*, le hojeaba, mirando distraídamente los grabados, y digo distraídamente, porque con mucha frecuencia interrumpía su escrutinio, para fijar su mirada en el arroyo grande, que con los repetidos chubascos de aquella primavera corría magnífico de caudal.

Indudablemente, en aquella infantil cabeza fermentaba el proyecto de darse un baño. El niño golpeaba con los pies en el suelo, se enjugaba la frente con la palma de la mano y se abría la camisa despechugándose cada vez más. Sentía el hormiguillo del calor. Era un niño que sólo tenía el defecto de ser demasiado infantil. Parecía una niña por sus facciones correctísimas, su blanco y fino cutis y sus cabellos de un rubio angelical. Sólo dos cosas varoniles se destacaban en él: la frente alta y cuadrada, en la que ya golpeaba el pensamiento, y los ojos garzos de expresión resuelta é inteligente; la expresión de aquella mirada no podía olvidarse nunca: era á la vez un rayo y una caricia.

Estaba en mangas de camisa. Vestía un pantalón de dril muy corto, calcetines á cuadros blancos y azules y zapatos de becerro color de caña.

En uno de los intervalos en que hojeaba el libro y cuando se disponía á volver una hoja, detúvose sorprendido, oyendo voces y gritos que provenían del exterior. Se asomó bien á la ventana, miró hacia todos lados, y no vio nada; pero al fijar su vista en el arroyo, reparó en una cosa que aumentó su sorpresa. Arrastrada suavemente por la corriente, flotaba en el agua una muñeca *crecidita*, de madera escayolada. Como todas las de su clase, era mofletuda, colorada, de ojos azules grandes y saltones, y tenía una abundosa cabellera de color de estopa. Llevaba un sombrero de paja medio caído, sujeto al cuello por una cinta, y una falda de tela muy ligera, que arrugada y levantada por el agua, dejaba ver sus piernas de no bien modelado contorno. Flotaba en el agua boca arriba, con un brazo levantado como pidiendo socorro.

El niño vio á la muñeca, oyó que se repetían las voces y los gritos, alborotósele la sangre, y con doble motivo se decidió á llevar á cabo el proyecto que hacía tiempo le escarabajaba en el deseo. Acercóse de puntillas á la entornada puerta del gabinete y vio que las dos señoras que estaban en la sala (que eran su madre y su tía), sentadas muy juntas, hablaban con animación de un asunto al parecer interesante, supuesto que hasta se olvidaban de abanicarse; y entonces el niño despojóse de su poco complicado traje, quedándose sólo en calzoncillos, y saltó silenciosamente por la ventana, que estaba muy baja, puso el pie en un breve espacio de arena que mediaba entre la casa y el arroyo, y se deslizó á éste, procurando no hacer ruido. Su primer cuidado fué atrapar á la muñeca, que ya flotaba algo distante; cosa facilísima para él, que aun cuando no podía hacer pie en el fondo del arroyo, como criado junto á un río caudaloso tal como lo es el Pisuerga, nadaba como un tritón. En seis ó siete brazadas alcanzó á la rubia naufraga, sacóla del agua, y nadando con un solo brazo, siguió contra corriente el arroyo arriba, por cuya orilla vio venir á dos niñas, una como de seis y la otra como de catorce años de edad.

La más pequeña tenía el aspecto de niña elegante: la mayor parecía una niñera de buena casa. Las dos eran morenas, de cabello obscuro y sumamente agradecidas.

Ambas habían visto desde lejos la pesca de la muñeca y corrieron al encuentro del niño, que como ya he dicho subía arroyo arriba, meneando en el aire la muñeca con aire satisfecho.

— Es mía, dijo entonces la niña más pequeña, no te la lleves, dámela. Se me ha caído al arroyo jugando.

— Pues claro que te la daré, contestó el nadador, que ya se había aproximado á la orilla, pero permaneciendo en el agua. ¿Para qué la quiero yo? Toma, sécala bien y arrópala, porque se habrá resfriado.

Y agarrándose á un mimbre de la ribera, sacando

el pecho del agua, como el río Tajo al hacer su famosa profecía, alargó la muñeca á la niña, que la tomó con precaución, porque chorreaba, diciendo entre risueña y quejumbrosa:

— ¡Ay, pobre Niní, cómo estás!

— ¿Se llama Niní?, preguntó el niño.

— Sí.

— Parece nombre de gata.

— Dale las gracias por habértela traído, dijo la niñera á la niña, con aspecto seriecillo y acento andaluz; pero ésta sólo dijo al niño:

— Ven á ver á mamá.

— No puedo, estoy casi desnudo.

— La niña, que no hizo caso de la observación, había ya echado á correr gritando:

— ¡Mamá, mamá, ya hemos cogido á Niní!

La niñera siguió á la niña.

El infantil bañista, que por lo visto era pudoroso, tapado por el agua del arroyo, no muy clara, y sacando sólo la cabeza, nadó corriente arriba. Transponiendo un recodo que formaba el arroyo, llegó frente á una praderita tapizada de grama y sombreada por cinco ó seis corpulentos olmos, y allí vio á una señora sentada en el suelo, á la que hablaban con animación la niña y la niñera, sin duda contándole el incidente ocurrido.

Alrededor de aquel grupo había varios objetos esparcidos por el suelo: una cestita de tapa, dos impermeables ingleses, dos sombrillas y una caja como de colores para pintura. La señora estaba al parecer pintando, porque tenía una cartera sobre la falda y una paletita en la mano.

Apenas el niño transpuso el recodo, le vio la niñera, y señalándole con la mano, dijo:

— Aquél es.

La señora le miró, y la niña pequeña corrió á la orilla del arroyo, diciendo al nadador, que se aproximó á ella:

— Ven, mamá quiere verte. Jugarás con nosotras.

— Te he dicho que no puedo, estoy desnudo.

La señora oyó estas palabras.

— Dale mi impermeable para que se tape, mandó á la niñera; servirá para algo, ya que no ha llovido.

La niñera alargó el impermeable al tritoncito, y éste se le puso con pudorosas precauciones, aunque no tantas que no dejasen ver parte de sus blancas y esbeltas formas. Saltó á la orilla, envolvióse en aquella prenda, que tenía capucha, y como enseñaba los pies desnudos, se parecía á un capuchinito descalzo.

— Acércate, díjole la señora.

El niño se aproximó, y miró á la señora que á su vez le miraba con atención.

— ¿Verdad, mamá, que es muy guapo y muy rubio?, dijo entonces la niña.

— ¡Muy guapo!, contestó la señora.

III

El niño miró, y se quedó embelesado. Estas impresiones magnéticas, digámoslo así, son frecuentes en la niñez. A veces nos choca la insistencia con que nos miran los niños, que proviene quizá de que la mayor parte de ellos están dotados del don de segunda vista, don inconsciente en ellos. No analizan las impresiones y por lo mismo las reciben con más seguridad. A veces una persona amable, de buen aspecto, pretende captarse la simpatía de un niño, y no lo consigue. ¿Por qué? Porque éste, bajo aquella agradable superficie, sondea la falsedad ó malevolencia del carácter. La sensación virgen de los niños es poderosa, y cuando es favorable se graba en ellos con caracteres indelebles.

El niño, pescador de la muñeca, experimentó un movimiento de atracción magnética hacia la señora, que le miraba. Un hombre, en igual caso, se la hubiera explicado achacándole á la atractiva, más diré, á la provocativa expresión de la fisonomía de aquella, aun cuando según las leyes de la estética, no era hermosa. Un escultor hubiérala rechazado como modelo, porque sus formas, si bien plásticas, eran demasiado descarnadas, y porque el cincel no alcanza á reproducir el misterioso reflejo del espíritu que se asoma al semblante, los móviles cambiantes de los ojos, según las sensaciones, y la gracia de los movimientos que se diseñan en el aire con mágicas ondulaciones.

La expresión de aquella mujer se resistía al análisis, porque había en ella una dualidad extraña. Sus cejas demasiado pobladas; sus ojos oscuros con tintes azulados, de miradas tempestuosas; su nariz dilatada por la parte inferior y de móviles cartílagos; su boca de labios gruesos, húmedos y arqueados, sobre la que se diseñaba un imperceptible vello, y su seno prominente, aunque sin exceso: todas estas cosas provocaban la sensualidad y parecían revelar pasiones impetuosas; pero después, observando más

profundamente aquel conjunto femenino, notábase en él un no sé qué de casto, de melancólico y de ideal.

Sus ojos tenían la triste expresión de la nostalgia, la inquieta hostilidad de la impaciencia luchando con la resignación.

Aquella señora tan joven, puesto que representaba diez y siete ó diez y ocho años de edad, aunque tuviese algunos más, no parecía madre de su hija, pues en nada se le parecía ésta; tanto que el niño preguntó después á su infantil compañera de juego:

— ¿Por qué siendo tu mamá tan blanca, eres tú tan morena?

— Por qué me parezco á papá, contestó la niña.

El niño, como he dicho, se quedó embelesado, mirando, aunque de reojo, á la señora. Estas fascinaciones infantiles no son tan novelescas como se supone. Petrarca, que á los diez años de edad ayudaba una mañana á misa en una iglesia de Avignón, vió por primera vez á Laura, al mudar de sitio el misal, y le dejó caer á tierra; quedándose tan aturdido é impresionado, que tuvo que ser sustituido por un acólito.

Ya he dicho que la señora, sentada en el suelo y apoyada en el tronco de un árbol, tenía una cartera de dibujo sobre la falda y una paleta de colores en la mano. Antes de la llegada del niño pintaba paisaje, y á veces hacía mohines de disgusto, como si no la satisficiera su trabajo. Después que hubo examinado á aquél con atención, le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

— Felicio.

— ¿Dónde vives?

— Aquí cerca, en una casa junto al arroyo.

— Pues bien, Felicio, eres tan guapo, que voy á retratarte.

— ¡Retratarme!

— Sí, siéntate á jugar con Joaquina y con Rosa. Formad las figuras del Arca de Noé, y estate un poco quietecito.

— Ven, verás qué bonitas son, dijo la niña.

Esta, el niño y la niñera sentáronse sobre la grama, frente á la señora, y vaciaron en el suelo los personajes y animales de una magnífica Arca de Noé alemana. Vaciarles fué cosa fácil, pero el ponerles derechos ofreció más dificultades, por causa de las hierbas del terreno. Además, sólo la niña ponía cuidado en la faena, pues Felicio hallábase preocupado en rebujarse en el impermeable para tapar su desnudez, y en mirar casi de continuo á la señora; y en cuanto á la niñera, atendía menos al juego que á lo que pintaba su ama. Esta, observando con atención la fisonomía del niño y casi sin fijarse en el cartón en que pintaba, trazaba en él rápidas pinceladas. Indudablemente, debía tener grandes predisposiciones artísticas; pues de aquel trabajo resultó una mancha, un borrón, pero de donde se destacaba el semblante de Felicio con casi perfecta semejanza.

Comenzaba á trazar el contorno del busto de éste, envuelto en el impermeable, cuando oyóse á lo lejos una voz que gritaba desafortunadamente:

— ¡Felicio..., Felicio!

— Es mamá que me llama, dijo el niño poniéndose en pie, estará ya el almuerzo. Me voy.

— Dame un beso, dijo la señora.

Felicio se aproximó echando una curiosa ojeada á su recién pintado retrato; ella le tomó la cara entre sus dos manos abiertas, y estampó un beso prolongado en su boca infantil.

Al contacto de aquellos labios sobre los suyos, Felicio sintió un golpe en su corazoncito.

«¡Felicio!» volvió á gritar la voz ya más próxima.

Joaquina y Rosa besaron también al niño, y aquella le dijo:

— ¿Vendrás mañana para que jugemos?

— Sí, contestó el niño.

— ¡Llévate el impermeable, dijo la señora.

— No hay necesidad, me iré por el arroyo.

Y sentándose al borde de éste, metió las piernas en el agua, y después quitándose poco á poco el impermeable, que dejó en la orilla, se chapuzó en el arroyo.

La señora y las dos niñas le siguieron con la vista, contestando á los saludos que él hacía con un brazo fuera del agua.

— ¡Qué guapo es!, dijo la niña.

— Y nada como un perro, observó la niñera.

— Bien podías haber dicho como un pez, replicó la niña, con un gestecillo de desagrado...

Al día siguiente, desde muy temprano, Felicio volvió varias veces á la plazoleta de los olmos; pero no vio á nadie durante todo aquel día, y los siguientes repitió inútilmente sus excursiones. La señora y niñas no volvieron á parecer. Cuando alguna vez su madre y su tía le llevaban á Aranjuez, miraba hacia todas partes, esperando ver entre aquella abigarrada

multitud de gente alguna ó algunas de las tres agradables apariciones de la orilla del arroyo.

Nada: se las había tragado la tierra...

Entrado ya en la adolescencia, aún recordaba Felicio el suave timbre de aquella voz, que le dijo:

«Pues bien, Felicio, eres tan guapo, que voy á re-tratarte.»

Y sentía palpar en sus labios el húmedo contacto del beso que le dió aquella señora.

PRIMERA PARTE

I

Habían pasado los buenos tiempos de los bailes de Capellanes; aquellos tiempos en que los empresarios, pollos de cuarenta años para arriba, se entregaban con furor á su manía pedestre y se repartían dividendos de algunos duros. Entonces Capellanes era un astro casi agradable por lo típico y pintoresco. Como no era difícil proporcionarse billetes *gratis*, y como las señoras tenían entrada libre por derecho propio, el salón de la calle de Capellanes servía de solaz y refugio á todos los tronados de Madrid de ambos sexos. Todo el que tenía un traje no por completo indecente acudía al hospitalario baile buscando emociones y sablazos. Allí era la primera etapa, el punto de partida de los trasnochadores, que luego se repartían por Madrid, en cafés subrepticios, buñolerías en boga y casas de juegos inocentes.

La concurrencia femenina no era enteramente averiada. Dominaban las nebulosas en aquel cielo, pero también había estrellitas puras, aunque un tanto apagadas por los incesantes trabajos diurnos; quiero decir que entre las francamente buscadas ó busconas, exhibíanse en Capellanes jóvenes todavía virtuosas, que acababan de dejar la máquina de coser guantes, doncellas de servir que hacían escapatorias, modistas y floristas que iban allí con el *buen fin* de bailar y sacar novio, y pensionistas de la clase militar, que de día leían novelas por entregas y por la noche iban al baile para ahorrarse luz y brasero.

El baile, excepto en los días de carnaval, empezaba á las diez y terminaba á las dos de la mañana: hora morigerada y decente...

Hay algunos editores que encargan novelas del gran mundo, con tipos aristocráticos, duplicando la dificultad de escribirlas, porque en la alta sociedad no abundan los tipos. La educación, la cultura, producen la monotonía, porque predisponen á ocultar los defectos y reprimir las pasiones, que desbordadas son causa de las manifestaciones típicas. La moda y la costumbre pasan su rasero por la buena sociedad y la nivelan. Como en la alta clase el matrimonio no es el *ménage*, sino una conjunción de intereses, de posición y de elegancias, los maridos Otelos son raros, y por consiguiente raras (excepto en las novelas) las catástrofes del adulterio, y esas mil otras producidas por la lucha contra la miseria ó por el conato de adquirir posiciones que en el gran mundo se obtienen con facilidad.

Los tipos hay que buscarlos en las clases medias, que no resignándose al trabajo útil del burro, pretenden imitar los graciosos escarceos del caballo. Hay que buscarlos en las inteligencias superiores que tropiezan, como Don Quijote, en las groserías de la vida. Hay que buscarlos en el pueblo bajo de las ciudades y en los habitantes del campo, que no *pulen* sus sensaciones, y por eso los grandes narradores, desde Cervantes hasta Pereda, encuentran sus personajes en las clases en las que el corazón domina á la cabeza.

En la alta sociedad no hay tipos, y lo son todos: la nota saliente es la vanidad, vanidad inútil en cuanto á ostentación de riqueza, porque se sabe al dedillo la que cada uno posee ó en cuánto está entrapado. La parte típica en el mundo elegante es enteramente exterior: en él podrá haber excéntricos, pero no tipos hondos y casi inverosímiles.

Capellanes era el *maremágnum* de las larvas que pueden resistir la luz del día, ó mejor dicho, la artificial de la noche; porque hay otras refractarias á toda claridad, á toda exhibición, á todo análisis, que en todas las ciudades muy populosas sólo pululan envueltas como el limax en las nieblas de la noche. A Capellanes acudían la mayor parte de los tipos *presentables* de aquel tiempo, y varios empleados y

dependientes de la Empresa eran tipos también. Podría citar muchos, pero sólo me fijaré en cinco que presentaban un relieve muy cómico. El primer bastonero, envuelto majestuosamente en una levita inmensa ó en un dominó muy corto, según que el baile fuese de sociedad ó de máscaras, era un hombre alto, seco y tan delgado, que su epidermis se transparentaba. Tenía la cabeza grande y completamente calva, y unos ojos pequeños, ribeteados de encarnado, que se parecían á dos puñaladas en una sandía. Casi siempre permanecía inmóvil, rígido, silencioso, y sólo salía de su mutismo para exhalar un hondo suspiro de protesta contra la fortuna, que habíale reducido á tan humillante empleo, ó para pronunciar con voz que parecía salir de un abismo lejano la siguiente frase correctiva:

«¡No hagan ustedes barbaridades!»

Se le conocía con el apodo de *Suspirazos*.

Los otros dos bastoneros eran pequeños, rechonchos, y uno de ellos jorobado. A éste le había dado



... repitió inútilmente sus excursiones

por la alegría y el movimiento, y jaleaba á las parejas que bailaban. El otro era etiquetero, esclavo de la forma y de los buenos modales. A veces solía decir: «Caballero, me haría usted un singular favor en abotonarse esos dos botones que están sueltos,» ó bien, dirigiéndose á una señora sentada: «Señora, si tuviera usted la amabilidad de bajarse un poco la falda, porque enseña usted cosas preciosas, mas no para vistas.»

En el café servía un mozo humanista y relamido, que ponía el vaso, traía la cafetera y la lechera, y preguntaba al que iba á tomar:

«¿Mezclo ambos líquidos?»

Y cuando escanciaba uno de ellos, volvía á preguntar:

¿Suficit?

El médico de Capellanes era Vergaz. ¿Quién, en el mundo de los trasnochadores, no le ha conocido? Su facha de Robinsón Crusoe y su habilidad para matar niños le daban una notoriedad indisputable. Vergaz en Capellanes ejercía *gratis* su profesión. Tenía ansia de asistir enfermos, y cada seis minutos se asomaba á la enfermería, preguntando: «¿Hay alguna novedad?» Pero en Capellanes nadie se ponía enfermo. Las señoras aquellas no eran nerviosas, y rara vez ocurrían accidentes por cuestión de camorras, que generalmente se ventilaban en la calle.

Así es que Vergaz, cuando sus fondos se lo permitían, pagaba á enfermos fingidos, para tener la satisfacción de demostrar sus conocimientos profesionales.

II

Además de estos atractivos típicos, Capellanes, en la época á que me refiero, ofrecía algunos más. El núcleo de la concurrencia no era selecto ni mucho menos, abundaba el género averiado, pero no era difícil encontrar allí personas que se destacaban de aquella *furriela*. A veces, en los bailes de máscaras, entre aquellos disfraces pobres ó presuntuosos, notábase un capuchón ó dominó correcto. Varias de las pocas entretenidas elegantes que había entonces en Madrid acudían á Capellanes, sin quitarse, por supuesto, la careta, y yo sé de alguna gran señora que en más de una ocasión afrontó aquella atmósfera infestada de gas, de polvo, de almizcle pasado y de olor á carne humana sucia.

Estas excepciones eran aún más numerosas en el sexo masculino. Había allí viejos libertinos de alta posición, que por la ley de los contrastes husmeaban á aquellas belldades de contrabando; jóvenes distinguidos buscando emociones distintas de las de su círculo, y sobre todo, una numerosa pléyade de ilustraciones en crisálida que han brillado después.

Sin contar los muertos desconocidos, que no han merecido serlo, en las dos últimas horas del baile

eran asiduos concurrentes á Capellanes Manuel del P..., Roberto R..., Ramón C..., Federico H..., el Conde de M..., Luis R..., Carlos R... y otros que posteriormente han escalado las esferas políticas y sociales, ó los cielos del Arte; y todos, ó casi todos, de seguro, cambiarían su presente notoriedad por aquellas noches llenas de juventud, de expansión y de alegría.

Entonces, en Capellanes, todo era singular: hasta la orquesta, *sonámbulo con asma*, según la clasificó Eduardo Inza.

Efectivamente, aquella conjunción de notas descarriadas, que sonaba sordamente dentro del salón, repercutía estrepitosamente en las afueras, hasta el punto de perturbar el sueño ó las oraciones de las religiosas del convento de las Descalzas Reales.

Los buenos tiempos de Capellanes, fueron efímeros, y en el año de 1873, época en que reanudo esta destartada narración, el popular baile sólo presentaba aspectos innobles ó mezquinos.

III

Felicio, no obstante, iba algunas veces á Capellanes, buscando luz y calor *gratis*, y vagaba por los pasillos, absorto en sus pensamientos, que no eran nada agradables, sin reparar en aquellas mujeres imposibles y sin rozarse con aquellos hombres, más imposibles aún...

Felicio, el niño de Aranjuez, que pescó en el *Arroyo Grande* á la rubia muñeca Nini, era ya un joven de diez y ocho años de edad y había perdido todos los rasgos ca-

racterísticos de su infancia. En primer lugar, y como más notable transformación, el rubio angelical de sus cabellos habíase trocado en negro intenso. Su rostro fresco y sonrosado en la niñez, como debiera haber conservado en la adolescencia, estaba ajado por una virilidad prematura, pero virilidad sin energía y sin color.

Tenía el aspecto enfermizo y la palidez terrosa del que lucha contra el vicio ó las privaciones materiales. Su nariz se había prolongado, sus labios tenían matices cárdenos, y en su boca se dibujaba á veces una mueca triste y desdeñosa. Sólo en los ojos, aunque hundidos, conservaba la expresión inteligente y profunda de la mirada, y la frente tan noblemente modelada como en sus primeros años.

Se encorbaba un poco al andar, como todos los que sufren; sus movimientos tenían una vaguedad espectral y eran indecisos como los de quien no tiene objetivo en la vida.

En nueve años, el joven Felicio había sufrido una transformación más radical aún que la de los bailes de Capellanes. Sin embargo, su juventud y su nativa distinción se sobreponían á todo, y á pesar de su levita raída, de su sombrero algo deteriorado y de sus botas, que comenzaban á abandonarle, Felicio se destacaba entre la vulgar multitud de aquella fiesta populachera.

Una noche, á mediados de febrero, había baile de máscaras en Capellanes, y Felicio, según costumbre, vagaba solo y aburrido por los pasillos, con las manos apoyadas en las junturas del chaleco. Cuando terminó una polca en el salón, quedó en éste poca gente, y el joven se refugió en él huyendo de los apretones de la que invadía los demás sitios. Dió una vuelta *costeando* el diván circular, ocupado por alguna que otra pareja tranquila y por mujeres de edad proecta en su mayoría, que cuando no cabeceaban de sueño, se distraían viendo divertirse á los demás: figuras decorativas, indispensables en todo baile y mucho más en los de Capellanes.

Al transponer un rincón de los cuatro que en el salón había, Felicio se fijó por casualidad en una máscara que estaba sola, sentada y apoyada en el ángulo que formaba la pared; y ciertamente, en cualquiera parte, y mucho más en Capellanes, merecía llamar la atención. Llevaba un capuchón de seda, obscuro, que le tapaba la cabeza, y tenía puesta una careta con rostrillo, también de seda. Por debajo del capuchón dejaba ver una falda de merino, color de tórtola, y por el remate de la falda asomaba un pie de privilegio, *cambré*, como dicen los franceses, y calzado como no se soñaba en Capellanes.

Felicio tenía la monomanía de los pies femeninos, y pertenecía, en parte, á la secta de los adoradores de las extremidades de la mujer, y digo en parte, porque no era de los más fervorosos.

(Continuará)

LA GUERRA DE CUBA

El reciente combate de Cácarajícara, en que nuestros heroicos soldados acometieron á la partida de Maceo en sus propias guaridas, ha hecho sonar estos días los nombres de los generales Suárez Inclán y Bernal, cuyos retratos publicamos en el presente número y acerca de los cuales daremos algunos datos biográficos.

D. Julián Suárez Inclán, del cuerpo de Estado Mayor, comenzó su carrera en las últimas luchas civiles, terminadas las cuales, era coronel por méritos de guerra. Aficionado á los estudios militares, aprovechó el período de paz para consagrarse á ellos por

Cassola y los proyectos del general López Domínguez merecieron los mayores elogios de cuantos se interesan por el bienestar de nuestro ejército.

D. Francisco Fernández Bernal es de los generales de brigada más jóvenes de nuestro ejército: estudió en la Academia de Infantería, batióse bizarramente contra los carlistas en el Norte y pasó luego á Filipinas con el empleo de teniente coronel. Al cabo de algunos años regresó á la península; pero al poco tiempo volvió á aquellas islas, distinguiéndose notablemente en la campaña de Mindanao. De vuelta á España, no tardó en ser destinado á la guerra de Cuba, en la que se ha portado como uno de los mejores entre nuestros valientes caudillos, ha-

nombres figuren honrosamente en el telegrama oficial.

Otro de los retratos que publicamos es el del general de brigada D. Javier de Obregón y de los Ríos. En 1856 ingresó como cadete en el colegio de Caballería de Valladolid; fué alférez en 1860, y en el regimiento de lanceros de Numancia comenzó su vida de campaña en el Maestrazgo, cuando el levantamiento de San Carlos de la Rápita.

En 1865 estuvo en Puerto Rico de ayudante del general Marchesi, y tuvo ocasión de evitar una rebelión que hubiera podido comprometer la seguridad de aquella isla; en 1869 pasó á Cuba, en cuya campaña prestó grandes servicios hasta 1880 en que regresó á la península, habiendo ganado por méritos de



LA GUERRA DE CUBA. — COMBATE EN LAS INMEDIACIONES DE CAMAJUANÍ (dibujo de un croquis del corresponsal de la ilustración inglesa *The Illustrated London News*)

entero, mereciendo ser nombrado jefe de estudios de la Escuela de Guerra, cuando ésta fué organizada. A poco de alzarse en armas la actual insurrección, ofrecióse á marchar á Cuba, en donde fué valioso auxiliar del general Martínez Campos, y al regresar éste á la península quedó de jefe de Estado Mayor de la isla, á las órdenes del general Marín, poniendo de manifiesto en aquella ocasión sus excepcionales dotes de organizador: á él debieron en gran parte la reorganización y refuerzo de las columnas, la rapidez con que se llevó á cabo la requisita de caballos, la concentración de las tropas en las líneas de Batabanó á Mariel y la actividad con que se pusieron en movimiento las fuerzas leales. Los rebeldes sintieron bien pronto las consecuencias de estas disposiciones, y los descalabros sufridos por Maceo y Gómez fueron la mejor prueba del acierto con que se habían dictado. Al llegar á Cuba el general Weyler, el señor Suárez Inclán fué nombrado segundo jefe de Estado Mayor, á las órdenes del general Ochoa. Recientemente ascendido á general, su comportamiento en el citado combate de Cácarajícara ha merecido los mayores elogios del general en jefe.

Además de militar bizarro é inteligente, es el señor Suárez Inclán orador notable: ha representado en el Parlamento desde 1886 el distrito de Pravia, y sus discursos con motivo de las reformas del general

biendo escarmentado duramente á cuantas partidas ha encontrado á su paso, y dirigido, entre otros varios combates, la importantísima acción de Mamey, en la que fueron batidos y dispersados por su columna 5.000 insurrectos mandados por Quintín Banderas, Lacret y otros cabecillas. Con sus tropas debía concurrir á la acción de Cácarajícara; pero las dificultades materiales que encontró en su camino y que, según parece, no previó el cuartel general de la Habana al combinar la operación; las lluvias torrenciales que borrarón hasta las huellas de los senderos; la escabrosidad de las sierras que tenía que atravesar y los combates parciales que hubo de sostener, le impidieron recorrer el trayecto marcado en el tiempo limitado que le fijara la orden recibida de la capital de la isla. Mucho hizo la columna Suárez Inclán en Cácarajícara; pero no hicieron menos las fuerzas del general Bernal en el camino desde San Cristóbal, en donde se hallaban, al punto que les señalaban como objetivo de sus difíciles marchas forzadas. Así al menos lo indican todas las noticias hasta ahora recibidas referentes á aquella operación.

El general Suárez Inclán y el general Bernal, destinados con otros á perseguir á Antonio Maceo, desde que éste se halla encerrado en la provincia de Pinar del Río, no descansan un momento en la persecución del mulato cabecilla, y casi no pasa día sin que sus

guerra todos los grados desde comandante á coronel: volvió allí en 1891 con el general Polavieja, desempeñando los gobiernos de las provincias de Santiago de Cuba, Matanzas y Puerto Príncipe, y después de una corta permanencia en España, cuando en 1895 fué promovido por elección á general de brigada, pidió ser destinado nuevamente á Cuba. En la actual guerra, al frente de su brigada, ha dado nuevas pruebas de su valor, de su actividad y de su pericia militar, derrotando á los insurrectos en el campo de batalla y mereciendo por sus trabajos patrióticos en la zona oriental el aplauso de la opinión pública.

El otro retrato que va en la página 346 es el de D. Antonio Vessa y Fillart, diputado provincial por el distrito de Jaruco y coronel de voluntarios del regimiento de la ciudad de este nombre. Maceo atacó á Jaruco el día 9 de marzo último, viéndose obligado á retirarse ante la defensa heroica de la guarnición y de los voluntarios, defensa en la cual tanto se distinguió el Sr. Vessa.

Los otros dos grabados que reproducimos, uno en esta página y otro en la 343, representan dos interesantes episodios de la guerra, un grupo de insurrectos parapetados detrás de una línea de barriles de azúcar y la acción de Camajuaní, en la que como siempre cubriéronse de gloria nuestras tropas derrotando á fuerzas rebeldes muy superiores en número. — X.

SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATO DE SEGURIDAD
PARA EVITAR QUE LOS BOTES ZOZOBREN

Es un hecho verdaderamente sensible que todos los años un gran número de personas que se dedican al higiénico cuanto agradable deporte náutico perezcan ahogadas ó corran peligro inminente de ahogarse á consecuencia de zozobrar los botes que tripulan.

Para evitar estos peligros se ha inventado recientemente en Alemania un aparato de seguridad que ha sido ensayado en un lago de las cercanías de Berlín y cuyos resultados han sido sumamente satisfactorios.

Consiste este aparato en dos cajas de cinc laminado, llenas de aire, que por medio de una disposición muy sencilla se atornillan fuertemente á ambos lados del bote y quedan colocadas de tal suerte que no estorban en lo más mínimo al tripulante para el manejo usual y corriente de los remos, según puede verse en el primer grabado de los dos que á continuación reproducimos.

Estas dos cajas mantienen siempre al bote en posición firme, y aun cuando por efecto de un fuerte oleaje ó por cualquier otra causa la embarcación se incline, nunca puede ésta zozobrar, porque aquéllas la vuelven á su situación normal.

En las pruebas que, como hemos dicho, se verificaron en los alrededores de Berlín, las dos personas que tripulaban el bote quisieron hacer que éste zozobrar, del modo que indica el segundo grabado; pero cuantos esfuerzos hicieron para conseguir su propósito resultaron inútiles.

El aparato, que ha sido inventado por el Sr. Dehnicke, de Berlín, puede alargarse y encogerse, de manera que resulta adaptable á botes de varias dimensiones.



Fig. 1. - Aparato de seguridad inventado por el Sr. Dehnicke, de Berlín, para evitar que los botes zozobren. El bote en su posición normal.



Fig. 2. - Aparato de seguridad del Sr. Dehnicke. Los tripulantes del bote haciendo inútilmente esfuerzos para que éste zozobre.

FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

En una nota recientemente presentada á la Academia de Ciencias de París, M. G. A. Richard indicaba un nuevo procedimiento por medio del cual había obtenido en positivo sobre cristal reproducciones de colores.

El método empleado es el método indirecto, el de Ducos de Hauron.

Después de haber obtenido los tres negativos con pantallas coloreadas de rojo, amarillo y azul, M. Richard tira por contacto tres positivos en placa al gelatino-bromuro: hecho esto, la cuestión estriba en dar á cada uno de estos positivos el color que le corresponde, y al llegar aquí se han estrellado hasta ahora todos los que han querido utilizar este método.

El nuevo procedimiento consiste en sustituir por medio de una reacción conveniente un color orgánico á la plata reducida que compone la imagen, lo cual se consigue por la transformación química del depósito argénteo en una sal capaz de fijar ó de precipitar el color que se quiere emplear; el positivo sometido á este mordiente no retiene el color más que en los sitios antes negros, y esto de una manera proporcional á la intensidad de éstos. También puede obtenerse el mismo resultado por la transformación de la plata en una sal capaz de reaccionar sobre los derivados de la hulla, para formar de este modo colores orgánicos artificiales.

Como se ve, trátase simplemente de reacciones químicas que obran sobre la constitución misma de la capa para teñir los positivos de rojo uno, de amarillo el otro y finalmente de azul el tercero, mientras que hasta el presente se empleaban otros medios de coloración.

La superposición de los tres monocromos obtenidos por el procedimiento de M. G. A. Richard reproduce perfectamente los colores del modelo, incluso el gris, el negro y una gran variedad de pardos y verdes.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por excelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y C.^o, constructores al por mayor
81, Faubourg, Saint-Denis, París
Velocipedos de precisión, modelo 1896
Soberbios neumáticos. Fr. 150
Catálogo ilustr. gratis. - Exportación

SAN ANDRÉS DE TONA
AGUAS MINERO-MEDICINALES
Clorurado-sódicas sulfurosas frías. - Variedad bromo-yoduradas

MANANTIAL ROQUETA

Declaradas de utilidad pública por Real orden de 12 diciembre de 1895

RECOMENDADAS COMO EL MEJOR MEDICAMENTO para combatir las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO y HERPETISMO, así como muchos estados morbosos del corazón, de los riñones y del hígado, en la cloro-anemia y en varias afecciones de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

TÓNICAS, DEPURATIVAS Y PURGANTES

Los pedidos al administrador D. CELESTINO ASTORT, CALLE DEL OBISPO, NÚM. 3, BAJOS, BARCELONA.

Se venden en todas las farmacias, droguerías y depósitos de aguas.

No serán legítimas las botellas que tengan roto el precinto que se coloca en el cierre del tapón de porcelana.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATÁRRO,
BRONQUITIS,
OPRESIÓN

ASMA y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C.^o, Farm^o, 102, R. Richelieu, París.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.

(Rótulo adjunto en 4 colores)

PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

Frasco. 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.

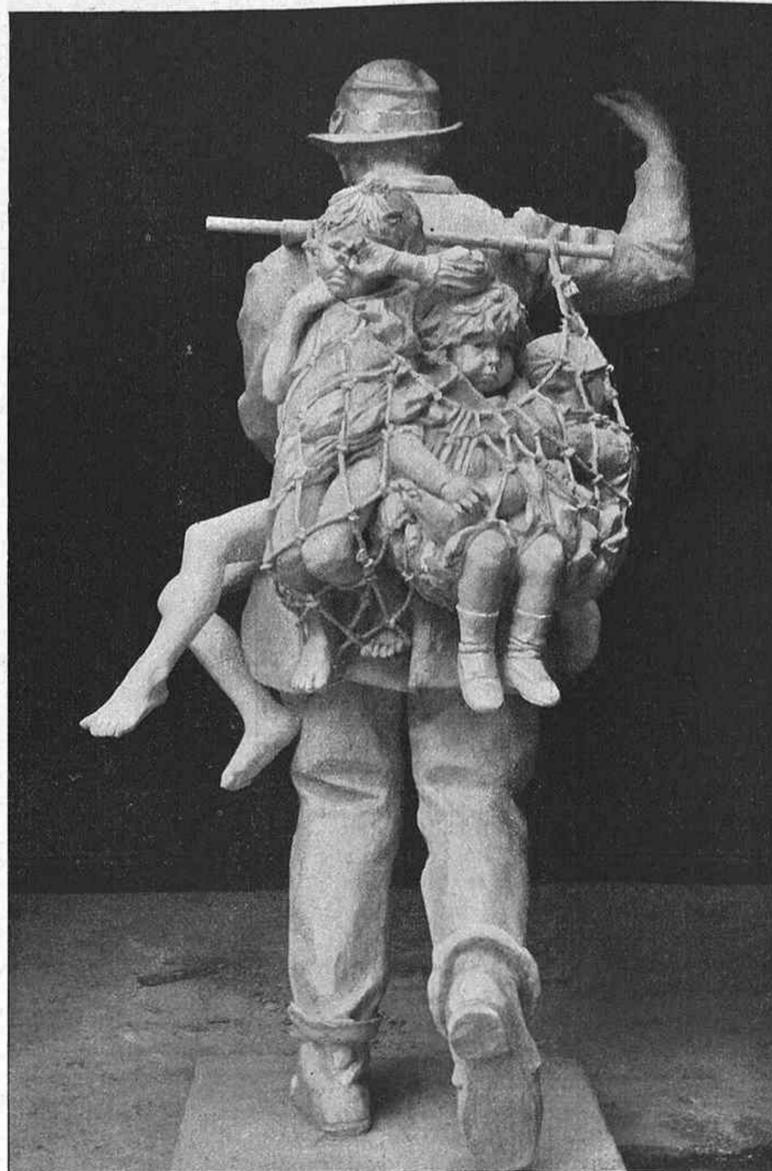
Pone y conserva el cutis limpio y terso

LANDES et C.^o B^o St-Denis

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores



El tragan niños, estatua de Félix Pardo de Tavera (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1896)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disponen casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FA. BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm. 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Especidiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

UNGUENTO ROJO MÈRE
 DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÈRE FARM. ORLÈANS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagracion del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invencion. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTENTINOS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN